

# CINCO HISTORIAS DE ESPAÑA Y FESTIVAL DE CINE

---

Cesare Zavattini ■ L. Garcia Berlanga ■ R. Muñoz Suay



**TEXTOS • MINOR**

EDICIONES  
FILMOTECA



**Filmoteca**  
**Generalitat Valenciana**

I V A E C M  
INSTITUT VALENCIÀ D'ARTS ESCÈNIQUES CINEMATOGRAFIA I MÚSICA

 **GENERALITAT VALENCIANA**  
CONSELLERIA DE CULTURA, EDUCACIÓ I CIÈNCIA

La Filmoteca de la Generalitat Valenciana agradece la cesión de los textos a los herederos de Cesare Zavattini, a Luis García Berlanga y a R. Muñoz Suay.

© De esta edición:

FILMOTECA DE LA GENERALITAT VALENCIANA

Fotografías:

Colección de R. Muñoz Suay

Colección TEXTOS MINOR dirigida por:

Nieves López-Menchero

Diseño de la Colección: Toni Paricio

ISBN: 84-7890-612-6

Depósito Legal: V-3127-1991

Impresión: Gráficas Ronda, S.L.

Maestro Valls, 10

46022 Valencia

# CINCO HISTORIAS DE ESPAÑA Y FESTIVAL DE CINE

---

Cesare Zavattini ■ L. Garcia Berlanga ■ R. Muñoz Suay

**TEXTOS • MINOR**

E D I C I O N E S  
F I L M O T E C A

#### NOTA DEL EDITOR:

*Los textos que presentamos, al no ser reproducidos en edición facsimilar, pueden ser interpretados como debidos a traducciones precipitadas, cuando son en realidad, transcripciones fieles de los originales en los que se utilizaron, en ocasiones, vocablos hoy en desuso.*

*Por otra parte deseamos señalar que algunas escenas o paisajes fotografiados durante el viaje por España no han sido identificados por los autores, dada la lejanía de aquellos días y la consiguiente desmemoria. Tal vez, incluso, las localidades, en algunos casos, no correspondan con exactitud a los pies de foto.*

# INTRODUCCIÓN

---

## **Algunas precisiones a pie de página**

Mi único propósito es enmarcar la publicación de estos dos argumentos cinematográficos con los datos y las circunstancias que todavía conserva la memoria. Y relatar, por vez primera, el por qué de una colaboración fallida. Hice imprimir estos textos en edición no venable en diciembre de 1954 (“El gran festival”) y en abril de 1955 (“Cinco historias de España”). Se hizo una tirada muy limitada, unos cincuenta ejemplares de cada historia, en realidad para depositarlas en el registro de la propiedad intelectual. Los ejemplares se agotaron entre los amigos y tomé la decisión de encuadernar el mío para conservarlo. Es el que ha servido a la Filmoteca de la Generalitat Valenciana para la presente edición. En aquella época alguna publicación aludió a determinados pasajes, incluso *Film Ideal* reprodujo enteramente el episodio de “El pastor”, que Berlanga autorizó. Zavattini, por su parte, publicó dos episodios de “Cinco historias de España” años más tarde en Bompiani.

Conocí a Zavattini cuando él y otros famosos del cinema italiano, encabezados por De Sica, estuvieron en Madrid para presentar la “Semana de Cine Italiano” en marzo de 1953 (la anterior semana, ambas decisivas para nuestro descubrimiento

del neorrealismo, se celebró también en Madrid en noviembre de 1951). Eduardo Ducay y yo le hicimos una entrevista que se publicó en *Indice*. A partir de aquel encuentro mi amistad con Zavattini fue creciendo y se convirtió, al cabo de los años, en una relación casi familiar. He podido conservar treinta y dos cartas suyas en las que no sólo se reflejan sus quehaceres y sus constantes proyectos, sino que hoy pueden considerarse como valiosos testimonios de su riqueza imaginativa y de su imbatible fe en sus planteamientos cinematográficos, cada vez más apagados hasta alcanzar casi el olvido. Le visité por última vez en 1982 y su abrazo y sus sollozos no los olvidaré nunca. Aún así, aislado y con problemas de todo tipo, seguía inmerso en nuevos proyectos. Pero en octubre de 1989 fallecía y en España casi nadie se acordó de él. Y ahora en estos días Ugo Pirro, en Italia, brama contra los que “mataron” a Zavattini y lamenta la dureza del olvido. En España tres amigos hemos quedado quebrados por su ausencia. Pío Caro Baroja al que Za. conoció en México y autor del primer libro español sobre él y el neorrealismo. Y Alonso Ibarrola al que Zavattini admiraba por sus relatos humorísticos y que ha escrito mucho y bien de aquella figura.

Pero en 1953 Zavattini reinaba en el cine. Aprovechamos su visita a Madrid y le preparamos una proyección de “¡Bienvenido Mr. Marshall!” en los locales de entonces de la Dirección General de Cinematografía. Berlanga había terminado su famoso film y el texto que nos escribió Zavattini no sólo era entusiasta sino premonitorio (algo así como que, con esa película, se había abierto una brecha de libertad en el cine español) y que nos sirvió para dar a conocer el film, sobre todo en Italia.

El segundo acto fue convencer a Luis de que intentáramos colaborar con el guionista universal. Berlanga acogió la idea con

total complacencia. Luego él y yo convencimos a los socios de UNINCI para que aprobaran el proyecto, no fue fácil pero al fin accedieron. Escribí a Zavattini y pronto nos envió un telegrama aceptando.

A finales de mayo de 1954 Berlanga aprovecha el viaje a Roma, donde pasamos mes y pico trabajando con Zavattini, para casarse. Así que fuimos tres los que marchamos a la ciudad santificada por el neorrealismo. Casi todos los días y siempre en tranvía, íbamos Luis y yo a casa de Zavattini. Tras algunas vacilaciones respecto al tema del proyecto, Berlanga aceptó la idea del italiano de escribir un argumento sobre un festival cinematográfico. Conservo los cuadernos en los que yo anotaba (y algunas veces el propio Za.) las escenas de cada película que unidas componían el eje de la historia. Ahora cuando lo releo sigo oyendo dentro de mi cabeza la voz de Zavattini, entusiasmado como siempre cuando escribía un guión con el colaborador de turno y sigo reconociendo en algunos pasajes su manera de imaginar, su terminología poética.

El 17 de junio Zavattini nos entregó la *scaletta* de “El gran festival”. Berlanga aportaba sus ideas pero se veía inmerso en el discurso expresado a borbotones por Zavattini. Mi papel, en aquel momento, era el de árbitro y el de escritor de todas las variantes que iba adquiriendo el argumento. Por otra parte aquel viaje supuso para mí el establecimiento de muchos contactos con el cine y la política italianos, mientras que Luis, como era lógico, saboreaba su luna de miel.

Cuando regresamos a Madrid comenzaron a aflorar las dudas. A Luis no le acababa de gustar el proyecto que, por otra parte, ofrecía una serie de grandes dificultades de producción y realización. Hubo intercambio de ideas, a través de la correspondencia

y de común acuerdo entre los tres aparcamos el argumento. Logramos que los productores –ya aterrorizados por lo que habíamos escrito– aceptaran el que viniese Zavattini a España para trabajar en otro proyecto. En esa época a Zavattini le apasionaba la idea de realizar un film, “Italia mía”, que nunca se logró llevar a la pantalla. Pensó que con nosotros podía hacer “España mía” (así como quiso en México rodar “México mío” y en Cuba “Cuba mía”). A Luis le interesaba más esa posibilidad de realizar un film en España sobre materiales más conocidos. Y organizamos la expedición. En un *citroën* de aquellos que llamaban “patos” y que la policía francesa popularizó, recorrimos España durante un mes. Canet, como conductor y productor, Zavattini, Berlanga y yo. El viaje lo hicimos en dos etapas. Dejamos poca España por conocer pero las limitaciones venían de los productores, asustados por la tardanza en concretar lo que en nuestras cabezas bullía. Ya en Madrid nos reuníamos todos los días, casi siempre en mi casa, cuyos vecinos se asustaron en una ocasión cuando Zavattini vociferaba improvisando el argumento. Al fin, decantado el proyecto, fueron seleccionadas las cinco historias y se eliminaron otras que nosotros dos, Luis y yo, hubiéramos deseado conservar.

Zavattini regresó a Roma. Nos envió una *scaletta* y sobre ella Luis y yo comenzamos a escribir los argumentos. Había quedado claro, en todo caso, que preferíamos las cinco historias y que debía seguir aparcado “El gran festival”. Creo que a Luis le asaltaban muchas dudas de toda especie. Yo, por otra parte, no acababa de entenderme con él y el hecho de ejercer de puente entre Zavattini y Berlanga me cansaba en ocasiones y me producía enojos e impaciencias. Entre Luis y yo terminamos la redacción de los argumentos, aunque la poda final corrió a

cargo de él. Se envió el argumento de las cinco historias a Roma. Zavattini insistía e insistía para que se llevara a cabo el proyecto, pero el ánimo de los productores se debilitaba, Luis no estaba entusiasmado y yo me inclinaba más por los planteamientos de Zavattini. La verdad era que entre los compromisos morales de Zavattini con su obra global y las ideas de Luis sobre un cine diverso al que nos habíamos comprometido, nos llevó a todos a un callejón sin salida. Este nuevo proyecto quedó también apartado. De vez en cuando Za. nos pedía desde Roma que le autorizásemos a utilizar en sus nuevos guiones algunos *gags* o escenas que nos había “prestado”. Más tarde Javier Aguirre consiguió la autorización de los tres para realizar él la película. De vez en cuando, otros, nos pedían permiso para levantar el proyecto. El tiempo y las nuevas tendencias y la consolidación de Berlanga como realizador terminaron por sepultar los dos argumentos.

Como dije al inicio, con estas líneas que sirven de prólogo, sólo deseaba encuadrar históricamente este acto fallido. Y nada más; otras claves quedan en mis cuadernos y en la correspondencia. Aquí debe consignarse esa página de la historia del cine en la que dos personalidades tuvieron la oportunidad de colaborar estrechamente.

Y también deben quedar los espléndidos recuerdos de nuestra prolongada estancia en Roma y el viaje por una España que, pese a muchas transformaciones, algo tiene que ver con la peor, la eterna.

R. MUÑOZ SUAY

# CINCO HISTORIAS DE ESPAÑA

---

## EL PASTOR

---

Esta es la tierra donde he nacido, España. Ved, es como una gran piel de toro extendida sobre el agua, por una parte unida o separada por esos montes famosos de Europa, los Pirineos. Está habitada por veintiocho millones de criaturas, ricos y pobres, buenos y malos, pero esta vez yo quiero contaros sólo las historias de la gente más humilde de mi país, campesinos, obreros, pastores, emigrantes. Son historias que no he inventado ni yo ni mis amigos, son historias que la realidad misma nos ha sugerido.

La primera, se desarrolla aquí en la Mancha, la región más infinita de España, donde la vista no logra casi nunca alcanzar el horizonte. Este es un año lleno de polvo y de viento; basta el paso al trote de un asno para levantar una nube de polvo. Es que ha caído poca agua del cielo y los hombres y las bestias están unidos en el deseo del agua, en la espera del agua. Adonde hay un charco, llegan desde lejos los bueyes, los caballos, los asnos, las cabras, las ovejas, a saciar un poco su sed. Las grandes presas permanecen allí, quietas y secas, como fuera del tiempo. En las fuentes, filas de mujeres esperan su turno con los cántaros, mientras del caño cae un sutil, lento goteo de agua. Las mujeres esperan con paciencia, con una antigua paciencia. Pero he aquí a nuestro héroe, este viejo que llega precedido por el campanileo de la cabra que guía el rebaño.

El viejo pastor tiene cerca de setenta años y viste como todos los pastores de la Mancha. Camina con fatiga sujetándose con la mano su sombrero para que no vuele, gritando misteriosas palabras a las ovejas que se paran a un lado del camino. Junto al pastor camina un niño de, aproximadamente, diez o doce años que le ayuda en el gobierno de las ovejas y ahora sigue a alguna para volverla al rebaño. He aquí la cara del pastor, quemada, rugosa, barbuda y con dos ojos rojos por el polvo que, cansadamente, miran a la tierra. Con un pañuelo mugriento, el viejo se seca los irritados ojos, con un gesto mecánico. Está a un paso de la fuente y pide a la mujer que está quitando el cántaro de debajo del caño que le deje mojar un poco el pañuelo. Después, con el pañuelo ya mojado, emprende de nuevo su camino y se lo pone en los ojos, de nuevo sumergido en el polvo que el rebaño levanta.

Su choza no está lejana. Las sombras de la tarde descienden sobre el campo. Se encuentra a algún campesino que vuelve la cabeza mientras sigue en su silencio a la grupa de un mulo. El viejo con el muchacho mete las ovejas en el corral y, después, ambos, encendido el fuego, se tumban en sus lechos de paja. El viejo murmura palabras incomprensibles, lamentándose a causa de sus ojos, y el muchacho dice: “Ve al doctor.” “No voy al doctor” –responde el viejo–. “Ve al doctor” –repite el muchacho y se duerme–. El viejo, en cambio, permanece con los ojos abiertos, toma el botijo y echa sobre el pañuelo alguna preciosa gota de agua. Pero el alivio es leve y el viejo se alza sobre el lecho y queda allí rompiendo la larga noche con sus refunfuños. Después se levanta y atiza la pequeña hoguera. De repente los ladridos del perro fuera de la choza llaman su atención. Después el balar de una oveja. Instintivamente agarra el tizon más grueso del fuego

y abre, de par en par, la puerta de la choza saliendo fuera como un joven, gritando. La oscuridad es completa, pero cruza por delante de él como un viento, como un relámpago negro, un animal, un lobo, que, en seguida, desaparece en la noche, mientras todas las ovejas balan y el perro continúan ladrando sin tener el coraje de seguir a la bestia. El viejo permanece un segundo quieto con el tizón, tratando, en vano, de ver en la oscuridad por donde ha desaparecido el lobo, y después entra en el corral donde las ovejas disminuyen su balido. Mira para ver si el lobo ha causado algún daño, pero el lobo no ha tenido tiempo de herir ni siquiera a una. Entonces el viejo vuelve a la choza mientras el perro lanza sus últimos ladridos.

Al alba él y el muchacho se hallan de nuevo en camino y, a lo largo de la cañada, encuentran a otros pastores con sus rebaños recién salidos de los corrales. O ni siquiera se saludan o basta un movimiento de la cabeza como saludo. En los campos ya se ven algunos campesinos que trabajan con el rústico arado romano. El sol está saliendo en el cielo y el viejo se cala hasta los ojos el sombrero para protegerse de sus rayos, caminando sin casi mirar delante de sí, con la cara hacia la tierra. Le vemos ir por el camino opuesto a aquél que toman los otros pastores y le volvemos a encontrar mientras se para en una plazoleta de un pueblecito manchego, donde algunas mujeres, bajos los pórticos, venden su escasa mercancía en una tática, estatuaria espera del cliente. Mientras tanto, pasa un viejo “autobús-correo” rozando a las ovejas que están recogidas en una zona de sombra junto al niño que sigue con los ojos el paso del correo. El viejo pastor llega a los pórticos y entra en una especie de almacén mientras una mujer, vestida de negro, baja de una silla a una niña vestida de blanco y bien peinada.

Este almacén es el lugar donde el médico visita. Un tabique divide la sala de espera del pequeño ambulatorio. Todos sentados alrededor, están aquellos que esperan ser reconocidos. Son una decena de hombres con la típica blusa manchega que parece un uniforme y tres o cuatro mujeres de negro y una con un niño de pocos meses en brazos. Entra la mujer con la niña vestida de blanco, saluda con un “buenas” murmurando y permanece en pie apoyada en la pared teniendo a la niña por la mano. El viejo está también en pie y no mira a ninguno, pero continúa pasándose, en una forma mecánica, el mugriento pañuelo por un ojo. Sale del ambulatorio otro viejo poniéndose la boina y, en seguida, entra la mujer con el niño. La otra mujer saca, de un capacho, una botella de agua y da de beber a un jovencito de cara enfermiza que está cerca de ella. Después pregunta a su vecino si quiere beber y éste bebe. Es un hombre de unos cuarenta años de faz impenetrable. Pregunta de qué fuente es. La mujer dice un nombre. Otro dice que también la fuente del Campillo se ha secado “Mañana llueve” –dice la más vieja de las mujeres–. “Sí, llueve –dice el hombre de la cara impenetrable con una expresión que significa todo lo contrario–. “Llueve, llueve, llueve” –dice la mujer con fe–. Otro dice: “No lloverá en todo octubre.” Y otro dice: “En el cuarenta llovió.” Todos quedan en silencio.

Ha pasado el tiempo porque ha llegado la vez a nuestro pastor, que está delante del médico como un acusado. El médico es joven. Con dos dedos tiene abierto el ojo del pastor y mientras tanto dice: “¿Cuántos años hace que tragas polvo?” El pastor con la derecha hace un gesto como diciendo: “¡Son tantos años!” Te daré un agua para limpiarlos, pero tienes necesidad de llevar gafas”, dice el médico. Después añade: “Gafas negras, de sol.” El

pastor dice: “Gafas, no.” “Cómpralas, cómpralas; cuestan poco”, dice el médico, despidiéndole. “No se las pone ninguno”, dice el pastor. “Cómo ninguno? –dice el médico, y coge de la mesa las suyas y se las hace ver-. Se las ponen todos.” “Los pastores, no”, dice el viejo.

Ha pasado el tiempo porque el viejo está ahora en otro lugar: en una pequeña tienda bajo los pórticos donde se venden todas las cosas, desde gafas hasta zapatos. Su cara está reflejada en un deteriorado espejo, con las gafas negras puestas. Está quieto mirándose como si no se reconociese, después se las quita y aparece la conocida cara. Saluda con una especie de gruñido y sale de la tienda con las gafas en la mano, que en seguida guarda en el bolsillo.

El niño está mirando una cartelera de cine, se despierta con la llamada que el viejo hace a las ovejas e inmediatamente el rebaño emprende la marcha hacia el campo dejando tras de sí la algarabía de una riña de mujeres alrededor de la fuente del pueblo.

El campo está asolado y las ovejas a su paso continúan levantando el polvo. El viejo se encuentra de improviso en medio de una nube de polvo aún más espesa que de costumbre a causa del encuentro con un enorme camión con remolque. Y finalmente, se decide a sacar las gafas negras y a ponérselas. El niño le mira con estupor. Van en silencio a lo largo del camino. Hacia ellos viene otro pastor con un gran rebaño. Está lejano, un centenar de metros aproximadamente. Cuando dista solamente unos veinte metros el viejo se quita las gafas y se las guarda otra vez en el bolsillo. Los dos rebaños pasan al lado uno del otro y en medio de una gran nube de polvo los dos pastores se saludan con un gesto. El otro pastor pregunta al viejo: “Hay agua en la

charca?” El viejo responde: “Poca.” Y uno sigue su camino hacia el Norte mientras el otro va hacia el Sur.

Apenas lejano unos treinta metros, el viejo se vuelve como para ver si el otro pastor le observa, después saca de nuevo las gafas y se las pone, continuando hacia el infinito horizonte, lleno de polvo.

## EMIGRANTES

---

Ahora nos encontramos en otra región de España, en Galicia. Esa tierra que, como dijo Rosalía de Castro, está llena de “prados, ríos, arboledas”. Aquí suena la gaita y se baila la muñeira. El Atlántico bate sus costas con grandes olas y en sus montañas hay siempre inmensas nubes. La tierra esta dividida en pequeñas parcelas, y el gallego defiende su pequeña propiedad circundándola de piedras. Ahora estamos en alguna parte de Lugo, durante uno de los mercados mensuales de ganado. Ved despuntar por todos los sitios las orejas de los asnos y de los mulos, escuchad el griterío de los mediadores que obligan a vender y a comprar. Hay aquí un campesino de unos cincuenta años, delgado, de ojos vivos, que esta vendiendo su burro. “Tres mil”, grita el mediador. “Tres mil dos”, dice el campesino. “Dos mil y nueve”, dice el comprador. Mientras tanto, pasan caballos al trote, mostrados para la venta a los presentes; se dan manotazos sobre los costados de los animates para probarlos, y grandes apretones de mano rubrican las compras. Nuestro campesino guarda las tres mil pesetas y se va, dando un afectuoso golpe con la mano en el lomo del burro como saludo. Allí, aparte, están una mujer de unos cuarenta años y una muchacha de veinte, que le esperan; se alzan de tierra apenas le ven, limpiándose el sayo. Hay también dos niños, uno de doce años y una niña de diez, que asimismo

forman parte de la familia. La niña está dormida, montada sobre un pequeño asno. El campesino lleva en la mano los tres billetes de mil y hace un gesto como queriendo decir: “No he podido sacar más”. Después, todos se dirigen hacia el pueblo.

Les volvemos a encontrar alrededor de una máquina de coser en un comercio del pueblo. Es una importante adquisición para la familia, que termina con todos sus ahorros. La muchacha prueba la máquina, el padre la mueve como queriendo comprobar su solidez, la madre se agacha a mirarla por abajo, también los niños miran atentamente. El vendedor explica el mecanismo, el padre dice que es necesario que la máquina sea buena porque va a America con la muchacha. Después quedan todos silenciosos, quietos, mirando la máquina, y el padre gira a su alrededor como hace el comprador de automóviles.

La compra ha sido realizada, ya que vemos a lo largo de una carretera entre montañas al burro con la máquina de coser cargada sobre su grupa y a la familia detrás en fila.

Llegan al pueblo al caer la tarde. El pueblo consta de unas treinta casas bajas y en fila a los lados de la carretera. Nuestros personajes habitan una de estas pequeñas casas, en cuya puerta descargan con gran cuidado la máquina de coser, mientras siete u ocho personas vienen a su alrededor a ver.

Cuando llega el alba los dos niños duermen, invertidos sus cuerpos, en un mismo lecho; pero, en cambio, el padre, la madre y la muchacha están haciendo los últimos preparativos para la partida: la madre cose un grueso envoltorio, la hija coloca su ropa en una vieja maleta que ata con una cuerda, el padre está alrededor de la máquina de coser para embalarla lo mejor posible. Llega la luz del día y los embalajes y la máquina son llevados delante de la puerta. Los niños se despiertan y salen en camisa

de dormir a la puerta para mirar. La madre les apremia a vestirse. Hay algunos vecinos llegados para saludar a la muchacha que está vestida de fiesta y la rodean. Uno dice: “Búscame un trabajo, que voy yo también.” Otro dice: “Después de las Navidades, me marcho yo también.” “¿Dónde vas?”, le preguntan. “No lo sé. Me marcho”, responde.

Todos estos vecinos ayudan a llevar los embalajes y la máquina cincuenta metros delante, donde está la parada del coche correo. Allí se encuentran otras siete u ocho personas que esperan. De vez en cuando, se acerca algún paisano, que aprieta la mano a la muchacha, y después permanece allí, engrosando el grupo.

La muchacha, luego de cierto tiempo, se aleja con la madre y con otras cinco o seis personas y baja por un caminito campesino. A dos minutos se encuentra el cementerio, pocos metros cuadrados, circundado por un muro como esos otros que hemos visto que dividen los campos gallegos. La muchacha permanece en la verja un momento, se hace el signo de la cruz mientras se oye de improviso, pero aún lejano, el rumor del correo, que está a punto de llegar.

Entonces, la muchacha va deprisa hacia la plaza.

La muchacha saluda a sus paisanos, y el padre y la madre cogen los paquetes. La carga de los bultos en el correo se hace de prisa y el padre ayuda al cargador a poner en el techo del correo la máquina de coser. Después, toda la familia sube para acompañar a la hija.

El correo deja a sus espaldas el pueblo y parte hacia Vigo. Sobre el correo destacan, en grande, las palabras “Lugo-Vigo”.

El correo está lleno de gente. La muchacha y la madre han encontrado asiento, mientras el padre está en pie y los dos niños están sobre las rodillas de las mujeres.

Tres o cuatro kilómetros después del pueblo, la carretera se hace de improviso difícil; la están arreglando. Hay decenas y decenas de hombres y mujeres que trabajan: unos rompiendo las piedras, otros usando el pico, otros asfaltando. El correo debe ir lentamente, y delante pasan todas las caras de estos trabajadores, todas las máquinas de asfaltar, que parecen pequeñas locomotoras, y los bidones de alquitrán, alineados a lo largo de la carretera. Uno de estos trabajadores es un muchacho de unos veinte años, que busca a alguien dentro del correo; busca a la muchacha. También la muchacha busca al muchacho, con dificultad, porque la separa de la ventanilla otro viajero. El muchacho la ve, y la muchacha le sonrío y dice: "Hola Antonio." Antonio se pone al lado de la ventanilla y camina mientras habla con la muchacha. En ambas caras se ve en seguida la profunda simpatía que les une. "Que tengas un buen viaje", dice el muchacho. "Gracias, Antonio", dice la muchacha. "¿Cuándo sales?", dice el muchacho. "Al amanecer", dice la muchacha. La muchacha pregunta al hombre que esta sentado al lado de la ventanilla si la deja ponerse un momentito donde está él. "Un momento", dice. El hombre le cede su puesto. La muchacha se asoma a la ventanilla y alarga su mano a Antonio. Él le coge la mano y la retiene, teniendo el brazo alzado por fuerza. El correo continúa a brincos. Las manos de los dos jóvenes se deben separar en seguida por la dificultad del trayecto, abarrotado de obreros que trabajan. Cuando Antonio puede, de nuevo coge la mano de la muchacha. El correo está superando el limite de la carretera en reparación y emprende repentinamente su carrera, separando a los dos jóvenes. La curva está tan cerca que el correo desaparece a los ojos de Antonio, que permanece quieto por un instante;

después, lentamente, se dirige hacia su puesto de trabajo. Mientras camina, un obrero da con una piedra nueve o diez golpes en una viga metálica. Es la señal del mediodía, la hora de la comida. Hay bicicletas diseminadas en los márgenes de la carretera. Antonio dice a un compañero que ya esta mordiendo una hogaza de pan: "Déjame tu bicicleta. Voy y vengo." Aquél, con el boca llena, le dice que sí con la cabeza, y Antonio coge la bicicleta. Hace corriendo a pie el trozo de carretera en reparación, y después así, vestido de trabajo, con los pantalones rotos y una camiseta sin mangas, salta sobre la bicicleta y parte veloz, tras las huellas del coche correo.

Pronto alcanza el correo, que en la carretera, completamente serpenteante, no puede marchar velozmente.

La muchacha le ve, como una aparición, al lado de la ventanilla, con cara sonriente y sudando, y como quien sabe que proporciona una bella sorpresa.

La muchacha está ciertamente sorprendida y se lanza hacia la ventanilla. Antonio con una mano logra agarrarse al coche, que así le lleva en su carrera.

"¡Estás loco!", dice la muchacha. "Te quería despedir mejor", dice el muchacho con fatiga por el esfuerzo que ha hecho. La muchacha le mira con cariño y le da unas palmaditas en la mano al muchacho, que está aferrado a la ventanilla. "Te escribiré", dice el muchacho; pero la llegada de un camión en sentido contrario obliga al muchacho a dejar bruscamente el apoyo y queda en seguida distanciado, mientras le pasa muy cerca, envolviéndole en el polvo y con un poco de peligro, el camión. Apenas ha pasado el camión ve al correo, desde el que la muchacha grita algo que llega confusamente a los oídos de Antonio. Antonio ha frenado la marcha, pero continúa yendo hacia delante, con los ojos fijos en

el correo, que ahora desaparece por una cuesta abajo, recta. Al lado de la carretera, sobre un pilón, está escrito: "Vigo, km. 80."

Encontramos de nuevo a la muchacha y a su familia alineados como soldados delante del cónsul del Uruguay, en su despacho. El cónsul entrega a la muchacha documentos que un empleado le trae después de haberlos firmado, preguntando: "¿Son amigos los de la casa donde tú vas?" La muchacha afirma con la cabeza, mientras el padre responde: "Es el padrino." El cónsul dice que la muchacha debe firmar tres documentos, y dice a un empleado que encienda la luz. Mientras que la muchacha firma con un poco de dificultad, una mujer de unos treinta años, delgada, no muy bella, pero de cara simpática, alarga una fotografía al cónsul para continuar la conversación con él. El cónsul la mira mientras la mujer dice: "Soy como una viuda, desde hace dos años no sé nada de él" El cónsul le devuelve la fotografía, diciéndole: "¿Pero si él no la reclama, qué es lo que quiere hacer? Es él quien la debe reclamar. Es de ley." La mujer pone un gesto de desconfianza: "Pero él no me reclama. Soy como una viuda. Si voy ahora, llegaré a tiempo; si no, él formará una nueva familia... Todos hacen así." Mientras tanto, nuestra joven alarga los documentos al cónsul, que interrumpe su conversación con la otra mujer, y aprieta la mano a la muchacha, diciéndole: "Cuando vuelva a Uruguay le harás los vestidos a mi mujer." Ríe, y ríen también la muchacha y sus padres, dirigiéndose hacia la puerta de salida que el empleado ha abierto. La muchacha y los suyos atraviesan la sala de espera, llena de gente humilde y silenciosa, mientras otro empleado abre la puerta de la calle, hacia la cual se dirigen los nuestros.

Ha caído la noche, y la muchacha, con los suyos, está en el puerto, cerca del gran barco que la llevará a Uruguay. La nave

está ya semiiluminada, pero los pasajeros podrán subir solamente dentro de alguna hora. Los nuestros han venido a pasar allí la noche y en este momento están comiendo. Están bajo un cobertizo. Esparcidos aquí y allá vemos también a otros emigrantes. La madre distribuye la comida, que saca de un cesto. El ambiente es ruidoso, porque no lejos están descargando pescado de dos bateles recién llegados. Después de un momento el padre pone cara de asombro. Ha visto a Antonio con su bicicleta, vestido como lo hemos dejado pocas horas antes. También la muchacha le ve y se pone en pie. Antonio también la ve y llega a donde ella se halla. Antonio dice con sencillez. “He pinchado una rueda, si no hubiese llegado antes.” “Has abandonado el trabajo”, dice el padre. “Media jornada –dice Antonio–. Mañana, a las ocho, estaré otra vez allá.” La madre también entrega una hogaza de pan a Antonio con queso y salchichón que corta en pequeñas rodajas. Los niños miran a Antonio. Uno de ellos se aleja comiendo. La muchacha mira a Antonio y dice: “Has hecho cien kilómetros. Y ahora tienes que volverlos a hacer.” El muchacho responde: “Haré ajustar los frenos, luego todo ira bien.” Alrededor de ellos hay un improviso movimiento de gente debido a la llegada de otra barca de pesca: son hombres y mujeres con grandes delantales y botas de goma que esperan la llegada del pescado para realizar su regular trabajo de descarga y encajonamiento. Los niños se alejan del grupo para ir a ver el vapor que llega; también Antonio y la muchacha se dirigen hacia el lugar de descarga del pescado. Permanecen allí un momento con los niños mirando, pero desean estar solos y lentamente se alejan paseando entre los cajones de pescado que las mujeres con zuecos cubren de hielo triturado.

Es de noche, y Antonio y la muchacha están sentados juntos en una lona oscura. “Debes tener frío”, dice la muchacha a

Antonio, que tiene puesta solamente su camiseta de trabajo. “No”, dice Antonio. Allí, al fondo, continúan los trabajos de descarga del pescado bajo la luz de grandes focos. De vez en cuando llega algún nuevo grupo de emigrantes con su cola de parientes y equipaje. La madre, el padre y los hermanitos de la muchacha se han acomodado en medio del equipaje. Los niños duermen, y la madre y el padre están quietos, juntos, pero no duermen. “¿Tú no puedes marcharte?”, pregunta la muchacha. Antonio responde: “Necesito un año para poder ahorrar el dinero del viaje.” La muchacha: “Si te hubieses declarado antes quizá no me hubiese ido.. Antonio: “Tu padre te hubiera obligado.” La joven: “Si todo va bien, vendrán todos allí dentro de tres o cuatro años.” Antonio: “Yo tendría trabajo en Venezuela, en Caracas está mi cuñado.” La muchacha: “Entonces no te veré más.” El muchacho: “Me verás, me verás.” Y como para reforzar su afirmación, coge una mano de la joven y la atrae hacia sí, besándola, aunque la escena transcurre no lejano de la demás gente. La joven se deja besar. Después se interrumpen porque la madre de la muchacha la llama desde lejos.

Ha llegado la primera luz de la mañana y el barco está a punto de partir. Todos los viajeros están en la barandilla, saludando a los amigos y familiares que están en el muelle. En medio de todos estos viajeros está también nuestra joven; pero no logramos distinguirla entre todo aquel agitar de pañuelos, que hace que todo aquel paisaje humano sea todo igual. El barco se mueve, y los familiares y amigos les siguen en el muelle y en todo el recorrido posible. También Antonio está entre éstos, detrás de los familiares de la muchacha. Monta en su bicicleta y esquivando a la gente llega hasta el final del muelle antes que los demás para ver pasar por última vez de cerca el barco, antes de que se adentre

en el mar. Hay niebla y el barco desaparece rápidamente a la vista de todos. Quedan allí, agitando pañuelos y llorando, amigos y parientes, mientras que el eco de la sirena de a bordo, que ha solemnizado la partida, se debilita y desaparece. Los familiares de la joven, con la cara llorosa, vuelven atrás, y también Antonio, con su bicicleta. “Yo debo marcharme en seguida”, dice a los padres de la muchacha, que de vez en cuando se vuelven para mirar, en vano, hacia la niebla que ha tragado el barco. Y hace un gesto de saludo, monta en la bicicleta y parte con su acostumbrado pedaleo hacia la salida del puerto.

## LA CAPEA

---

En toda España, mientras están próximos los fríos y se termina de pisar la uva, en las ciudades y en los pueblos, se celebran las últimas fiestas del año. Hasta el más pequeño pueblo de España, el más escondido, tiene su fiesta anual. Aún no ha llegado el alba, cuando los jóvenes del pueblo, en este lugar de Andalucía, escriben en las paredes de las casas donde viven las jóvenes amadas sus declaraciones de amor, sus serenatas, y alguna que otra vez las ofensas contra las que les han rechazado. Cuando llega la luz del día las muchachas abren sus balcones y gozan o sufren con las frases que leen. Después se visten de fiesta y van a la iglesia, donde se reúne todo el pueblo. Y aquí vemos a una muchacha muy linda que las miradas de dos jóvenes siguen siempre; pero toda la iglesia está llena de estas miradas de mujeres y hombres en medio del incienso, de los cantos, del sonido del órgano. Son estos dos mismos jóvenes los que nosotros vemos participar, el uno contra el otro, en el juego que se llama “La Cuerda”, al cual, desde las ventanas y balcones, asisten, después de la misa, las mujeres del pueblo. Desde partes opuestas de una larga calle están los rivales, que a una señal se lanzan unos contra otros disparando fuegos artificiales que dejan largas colas blancas de humo y que van dirigidos como proyectiles contra los adversarios. Bajo los ojos de las mucha-

chas, los jóvenes dan prueba de valor afrontando a los adversarios para llegar primero al centro de la calle, donde hay un cesto de preciosos manjares como premio. Pero el premio es grande, así como la sonrisa de las mujeres que miran. Alguno se pone temerariamente sin rodeos una bandolera de fuegos artificiales, y así corren hacia el enemigo, estallando todo como una rueda de fuegos artificiales. Los ojos negros de la muchacha que hemos visto en la iglesia ha seguido el desarrollo de la estruendosa competición, y ha visto entre el humo a sus dos cortejadores, que se han distinguido entre todos los demás.

Pero la hora más bella, la hora más esperada, es aquella de la capea. Cuando el sol no quema tanto, la gente comienza a marchar hacia el lugar de la capea, la anual corrida de toros del pueblo. Hay muchachas escogidas para que iluminen con su juventud el palco presidencial, y ahora las vemos mientras se están vistiendo con la peineta y la mantilla. La banda del pueblo atraviesa las calles con sus pasodobles para indicar que dentro de poco empezará la capea. Desde los pueblos vecinos llega gente en todos los medios: bicicletas, motos, coches tirados por caballos, viejos coches correo. Los del pueblo, todos con su silla, llegan al espacio donde se ha hecho una pequeña plaza, construída provisionalmente con carros de labranza. En un lado han hecho un palco, que amenaza derrumbarse, para las autoridades. Para entrar en la plaza es necesario pagar, y muchos se quedan fuera, y los guardias deben correr de un lado a otro para impedir que entren clandestinamente. Mirad a esta viejecita, de ochenta años por lo menos, que no tiene el dinero para entrar, y entonces se pone con astucia detrás de alguno y logra entrar, y trota, toda feliz, en busca de un puesto. Mirad a este niño, en cambio, que trata también de entrar, pero en seguida le pillan

y le echan atrás. Los dos jóvenes que ya conocemos están allí, muy cerca del ruedo, y se cambian alguna mirada hostil entre sí y muchas con la muchacha que aman, y que está feliz allí, en un carro, en medio de sus amigas. En un viejo automóvil llega el torero, completamente vestido para la fiesta, con su cuadrilla, y he aquí que hacen la entrada tradicional en la arena, solemne, como si fuese en la plaza de toros de la capital, después de haberse hecho el signo de la cruz. Alguno trata de ver a través de las rendijas de los dos cajones que guardan al toro, pero el encargado les echa de allí. Suena el clarín y un mozo a caballo da una galopada alrededor del ruedo. Ha dado el "fuera", y en seguida se abre el primer cajón, y sale el toro, que primero echa una ojeada alrededor, asombrado de aquella luz y de aquel clamor, y después se lanza contra la primera capa. La viejecita, colocada entre las ruedas de un carro, mira la escena, y no se descompone cuando el toro, pasándole cerca, levanta con sus patas nubes de polvo que la envuelven. También el niño que quería entrar clandestinamente lo ha conseguido. Helo aquí, que llega precisamente en el momento en el que el toro sale al ruedo entre los clamores de todos. El niño se está colocando en un carro; pero cuando casi se siente ya en el paraíso, una mano le agarra: es la de un guardia, que le empuja y le echa fuera. El torero ha comenzado sus evoluciones y se oyen los "Olé" que rubrican sus faenas, mientras el niño, apoyado en un muro, sufre todavía más escuchando desde lejos estos signos de la corrida. Pero he aquí un hecho imprevisto: un jovencito, mal vestido, salta al ruedo con un trapo rojo en la mano y corre hacia el toro. En seguida el torero y su cuadrilla atacan al espontáneo para echarle fuera. El resiste y hay puñetazos; el público está de parte suya, y grita a su favor y aplaude; también la muchacha corte-

jada aplaude con entusiasmo, y así la ven los dos enamorados. Y entonces uno de ellos da un salto también y entra en el ruedo, deseoso de merecer el homenaje de la muchacha. El otro no quiere ser menos y con otro salto llega también a la arena. Ahora el torero y los suyos deben sufrir también la situación porque el toro no da tregua a ninguno. En poco tiempo, otros tres, cuatro, cinco jóvenes de todas las edades saltan dentro del ruedo, y quién con la chaqueta, quién con un pañuelo, tratan de llamar la atención del toro hacia sí. La fiesta se ha convertido en una algazara. Los dos jóvenes rivales se afanan más que los otros. Uno rueda por tierra, el otro por poco no es alcanzado por el cuerno y se salva saltando la barrera para después volver a entrar inmediatamente. El torero y los suyos tratan de realizar su faena en medio de todo aquel jaleo, y los banderilleros colocan sobre la grupa del toro sus banderillas. En el momento más alto de al algarada se rompe una parte del palco, y una decena de personas caen a tierra, afortunadamente sin ningún daño. Pero en la confusión queda un pequeño boquete abierto en el “tabique” que rodea la arena, y el toro, precisamente en el momento que el torero ha tornado el estoque, huye fuera con un galope furioso. El susto por el instante es grande. Pero el toro torna el camino del campo como un bólide, mientras las banderillas se agitan sobre su grupa como flores. En seguida se pasa del susto a la caza: muchos se lanzan a pie en persecución del toro. Los cordones, detrás de los cuales se mantenían a los que no podían entrar, son rotos, y también ellos se van tras las huellas del toro. Dos guardias civiles a caballo galopan en su persecución; el torero y los suyos saltan sobre su viejo automóvil, y van, junto a otros tres o cuatro automóviles, por todos los caminos posibles. Uno monta en una bicicleta, otro en una moto. Y el toro atraviesa como el viento un grupo de gente,

entre los cuales hay mujeres y niños que apenas tienen tiempo de echarse a un lado, y se adentra cada vez más en el campo, mientras llegan los primeros perseguidores. Uno de nuestros jóvenes ha cogido un bastón y ha pasado delante de la muchacha –que ha permanecido en el carro para ver desde lo alto la escena– con aire del que se cree será el primero en alcanzar al toro; el otro, en el estribo de un automóvil como un capitán en su nave, de pie, para demostrar que será el primero en llegar y afrontar a la bestia. En la inmensa llanura, poco antes desierta y silenciosa, no se ven más que pequeños grupos de personas que corren: niños que corren, corren pero ni siquiera saben donde, automóviles diseminados que se deben parar porque están delante de un seto o un pozo. En el declive de una pequeña colina parece que tropiezan con el cielo, mientras corren en fila india. Los guardias civiles que aparecen sobre una pequeña altura, después desaparecen en el precipicio; gritos de llamada corren desde un campo a otro. “Por aquí, por”, grita uno, y su voz resalta metálica en la inmensidad de los campos. Otra voz se oye llamando un nombre. Mientras nuevos perseguidores corren por los campos tras las huellas del toro y preguntan a un campesino que trabaja en el campo dónde está el toro. El campesino hace un gesto que quiere decir “allí delante”, y los perseguidores continúan la carrera. De pronto, nítidos en el aire, suenan dos, tres, cuatro disparos de fusil. Rápidamente los perseguidores se paran, como en espera de una confirmación. “Lo han matado”, dice uno.

Y he aquí, a todos volviendo, a los niños y a los demás. Vuelve la moto, el automóvil con uno de los enamorados, el segundo enamorado con su bastón en medio a un grupo de otros jóvenes.

En el pueblo se han olvidado ya del toro, por lo menos los que están bailando. Después de la capea, frustrada o no, en medio

de la plaza, se baila. El baile ha comenzado ya y poco a poco la muchedumbre se hace más grande al llegar todos aquellos que vuelven de la caza del toro. “Lo han matado”, dice uno. Una pareja se para y pregunta dónde. “Hacia la fuente” dice otro. El baile que se ha detenido por un instante comienza de nuevo y he aquí que llegan, uno después del otro, los dos jóvenes enamorados. Uno, con el pañuelo, se sacude el polvo de los zapatos. El otro se quita un zapato y lo vacía, aprisa, de la tierra que corriendo a través de los campos le ha entrado dentro. Pero la muchacha de la que están enamorados está allí, siguiendo admirada con la mirada al bailarín que también los otros admiran. Ella es feliz cuando una vez continuado el baile viene a sacarla para bailar. Mientras tanto, por el micrófono, uno de la orquesta dice que “la señorita María Pérez, nuestra paisana, que ha estado un año en Madrid, va a cantar la canción “La reina de las Mercedes”. Y mientras las parejas bailan y hemos visto las miradas desilusionadas y airadas de los dos jóvenes enamorados a los que la muchacha no se digna ni siquiera mirar una vez, y la canción “elegante” de la campesina se esparce en el aire, desciende la noche, y en una calle solitaria donde hemos visto escritas las palabras de amor en la pared de la casa de la muchacha que conocemos, una mano borra las frases de amor y escribe encima: “Zorra”.

## SOLDADO Y CRIADA

---

Cuando se acerca el verano, en los muros y en las paredes, se lee en grandes caracteres: “Vivan los quintos”, “Viva la quinta del 55”. En trenes marchan los quintos hacia sus destinos, con sus cantos y con esa exagerada alegría que trata de esconder la tristeza por las familias y por todas las demás cosas queridas que se dejan para largos meses. Llegan a las estaciones de las grandes ciudades y aquí comienzan a sonar las primeras órdenes militares. Un suboficial les recibe, les forma, y por vez primera, un poco silenciosos, un poco asustados, atraviesan las calles de la ciudad para llegar a los grandes cuarteles.

Aquí comienza enseguida la dura vida del recluta, ¡uno, dos, uno, dos!, la instrucción en el patio de armas. Después, los ejercicios de tiro en el exágono de metal que figura un hombre, donde los disparos, dirigidos por las ordenes acosantes del oficial, se aproximan cada vez más al centro del blanco, el corazón del exágono. Después las cotidianas lecciones de escuela para aquellos que han llegado de sus pequeños pueblecitos sin saber leer ni escribir: a, e, i, o, u. Ahora nos hallamos en una gran aula llena de soldados que están comenzando el primer curso elemental. A, e, i, o u, repiten todos a la vez mientras el maestro señala con el dedo una a una las vocales. Después el maestro indica con el dedo una vocal cualquiera y rápidamente los soldados deben

decir qué vocal es. Del coro se pasa a la interrogación individual con un ritmo siempre rápido. “Tú”, dice el maestro. Y se levanta Pablo, un soldado enjuto, alto, de cara un poco estática pero no estúpida. El maestro señala con el dedo rápidamente y también con rapidez Pablo debe identificar en voz alta la vocal. Durante el ejercicio se equivoca una vez y todos intervienen a una sola voz para corregirle.

Después llega la tarde y los reclutas vuelven al acuartelamiento después de la hora de paseo. Todos están aún un poco atontados dentro de sus uniformes. Hay alguno que llega con un poco de retraso y reconocemos en el último de éstos, a Pablo que llega corriendo.

Después de pocos minutos, mientras suena el toque de silencio, Pablo, desnudándose aprisa y metiéndose en la cama, dice a su vecino: “Toma un cigarro”, y le da un papel y un sobre. “Escribe, dice, sí nos veremos el domingo”. El otro de mala gana se pone a escribir. Pablo dicta la dirección: “María Huéscar, calle Balmes, 212, Barcelona”. “Qué la digo?”, pregunta el soldado. “Lo que quieras. Que me gusta”. El otro comienza a escribir mientras algún que otro soldado en ropa interior pasa por el corredor del dormitorio.

Ha llegado el domingo, la hora de la salida y Pablo se está arreglando precipitadamente, con alegría, en medio de otros que cantan y gritan, de alguno con los botas sin el uniforme, de otros que se limpian vigorosamente las botas, de otro que pide prestado el cepillo al vecino que se esta arreglando. Pablo sale del cuartel casi corriendo, frenando algo el paso al cruzar por delante del centinela, para después emprender de nuevo su ligero caminar.

Siempre a este paso ha llegado a la calle Balmes. Mira a una ventana, se pone a pasear arriba y abajo. De cuando en

cuando se limpia las puntas de las botas frotando la derecha en la pernera izquierda y viceversa. Finalmente llega la muchacha: tiene veinte años, es más bien pequeña, simpática y segura de sí misma. Tiene en una mano un recipiente vacío para la leche. El va a su encuentro y ella dice: "Vd. es Pablo". "Si, soy Pablo", dice él. "Voy por la leche y vengo enseguida" dice ella con una sonrisa. Y corre a un establecimiento próximo de donde sale inmediatamente con el recipiente lleno de leche y con pasitos ligeros pero cuidadosos para no verter ni una sola gota. Entra en su portal después de haber enviado una sonrisa a Pablo que la mira encantado por lo desenvuelta y simpática que es. Después sale casi enseguida y los dos se marchan juntos. "¿Dónde quiere que vayamos?" dice ella. "No sé. No conozco todavía Barcelona" dice él. Y ella: "Vamos a los jardines y así saludo a una amiga de mi pueblo". Él está un poco embarazado, ella en cambio está siempre segura de sí. Ella dice: "¿Cuándo me ha visto por primera vez?" El responde: "El otro domingo". Ella: "Vi que me seguía un soldado, pero me parecía más pequeño". "No, no, era yo", dice él batiendo la mano sobre el pecho. Así atraviesan esta calle dominical, tranquila y silenciosa.

Pero después entran en una calle llena de gente y él, en el primer bar que tiene venta de helados a la calle, le ofrece uno, ella acepta y ambos prosiguen juntos su camino comiendo el helado con cucurucho.

Un muchacho de unos doce años distribuye unos prospectos y da uno a Pablo. "¿Le gusta el cine?" dice la joven. "Si", dice Pablo embarazado. "¿Qué ponen?" pregunta la joven. Pablo no sabe que responder e instintivamente alarga el prospecto a la muchacha. La joven sin ni siquiera cogerlo, echa una ojeada al folleto, y dice con su acostumbrada desenvoltura mientras con-

tinúa chupando su helado: “Bonita. Ya la he visto. ¿Vd. La ha visto también?” Pablo no sabe que contestar, está un instante incierto y después responde “no”.

Mientras, han llegado a los jardines totalmente llenos de sirvientas y soldados de Barcelona. María encuentra enseguida a su amiga que está con un grupo de otras muchachas que charlan con unos marineros y hacen las presentaciones de modo bastante popular. El ambiente está lleno también de vendedores de dulces, gaseosas, pequeños objetos. En dos puntos diversos hay corros de sirvientas y soldados alrededor de algún cantor popular. Uno tiene organillo, el otro una guitarra; ambos venden los prospectos con el texto de las canciones. El eco de la canción que está tocando el organillo llega hasta el grupo de Pablo y María. Y las muchachas empiezan a canturrearla y María dice: “Escucha: El romance de la pequeña ciega”. Entonces las muchachas se aproximan al organillo que está terminando de tocar “El romance de la pequeña ciega”. Después de esta canción, el organillo ataca inmediatamente con otra canción mientras otro hombre va y viene vendiendo los prospectos con el texto. Pero en este momento llega una muchacha, otra sirvienta, que casi grita: “Pena, penita, pena”. Están tocando “Pena, penita, pena” y arrastra al grupo hacia el otro tocador que está precisamente tocando con la guitarra “Pena, penita, pena”, y cantándola mientras una mujer vende el folleto con la letra. Pablo sigue todo este movimiento estando siempre al lado de María, que al correr de un lado a otro coge por la mano. Pablo sonríe totalmente contento y dice: “Tutémonos”. “Eh, vas deprisa”, dice ella. Ríen los dos mientras la vendedora de folletos, precisamente en este momento, ofrece a María uno de éstos. María va a sacar el dinero de su bolso, pero él se adelanta y da la peseta a la vendedora.

También otros compran los folletos y siguen la canción teniendo todos los ojos en el papel. La canción termina y Pablo invita a María a beber una gaseosa en el kiosko allí próximo donde encuentran otras muchas parejas. María abre el folleto y con mirada curiosa pasa de un punto a otro de éste. “Qué palabras más bonitas”, dice. “Bonitas”, dice mecánicamente Pablo, pero se nota su embarazo. María lee los primeros versos de una canción y le pregunta si le gustan. El contesta que sí. Después, ella pregunta que cuál es la canción que le gusta más entre todas las que hay en el papel. Pablo tiene en la mano el papel, su pobre mirada naufraga entre aquellos títulos y aquellos caracteres que para él son totalmente desconocidos. Ella acerca su cabeza a la de Pablo y comienza en voz baja a canturrear una canción del papel. Ella le dice que le gustaría saber escribir unas palabras tan bonitas como aquellas de las canciones, pero que no ha podido continuar estudiando. El camarero llega afortunadamente en este momento con las dos gaseosas. Pablo tiene siempre en las manos el folleto de las canciones y se siente extraviado. Paga en seguida al camarero las dos gaseosas. Por hacer algo toma de las manos del camarero las dos gaseosas que iba a verter en los vasos, y las sirve él.

Pero uno de aquellos vendedores de papelitos en los cuales está impreso el porvenir de las personas, y que va y viene, como, hemos visto, entre las parejas, ofreciendo sus profecías que un pajarito con el pico saca de vez en cuando, entrega su mercancía a los dos enamorados. “Está escrito cuándo os casaréis.” Tanto Pablo como María niegan con la cabeza, no lo quieren saber; pero el vendedor insiste, dice que sólo cuesta una peseta, una pesetita, que todos lo compran, que sus papeles dicen solamente la verdad. Y María se ríe, y como el vendedor ya ha obligado a

coger el papel al pajarito, María alargó la mano aceptándolo, y lo abre, leyéndolo inmediatamente. Son solamente dos líneas escritas en grande, que dicen: “Os casaréis dentro de un año, seréis felices y tendréis cuatro hijos”. María ríe de nuevo y pasa el papel a Pablo, que en seguida, precipitadamente, da la peseta al hombre, que se marcha, y él queda allí con los ojos sobre el horóscopo, sin tener el coraje de alzar la mirada, mientras María dice: “¿Lo crees?” Pablo no contesta y parece que piensa qué es lo que dice aquel papel, y al mismo tiempo no tiene el valor de decir que no sabe leer. María le cuenta que a una amiga suya le sucedió todo aquello que decía el papel, que era distinto de éste porque decía que se casaría con un viudo en el mes de mayo, y sucedió precisamente así. María se ríe y también él se ríe estúpidamente. Después se levanta y dice que va a pagar las gaseosas, así podrán dar un paseo hacia el puerto. Y María le pregunta todavía si lo cree y él contesta afirmativamente con la cabeza, pero evita la respuesta y repite que va a pagar al camarero las gaseosas. Y se aleja llevando el papelito en la mano. Llega al kiosko, paga al camarero, quisiera preguntarle qué es lo que dice el papel, pero ve que tres o cuatro soldados entran en el urinario público allí próximo. Entonces les sigue y pregunta a uno, que conoce, qué hay escrito en el papel. Aquel da una ojeada al papel y riendo a carcajadas dice: “Dice que te casarás con una mujer y que el mismo día de la boda te engañará.” Pablo, como todos ríen, ríe también él y dice: “No, no; dime qué pone.” Otro soldado coge de las manos de su compañero el papel y lee él porque quiere hacerse el gracioso: “Tu mujer cambiará de sexo después de un mes y te dejara plantado.” Todos ríen otra vez, y en este momento entra un oficial, delante del cual todos interrumpen la risa, hacen un marcado saludo y salen después

de haber restituido el papel a Pablo. El oficial se aproxima al urinario. Pablo, que ha efectuado también él su riguroso saludo, sale con el papel en la mano. Está humillado.

Lo mira. Después mira donde está María, que lee las canciones. A María en este momento se aproximan dos o tres de aquellas amigas que primeramente escuchaban juntas las canciones, y todas reunidas leen las palabras de una canción. Pablo, después de permanecer allí mirando algunos segundos, con una cara melancólica, lentamente, en vez de ir hacia la joven, va hacia la parte opuesta, tratando de esconderse a la posible mirada de María. Tuerce en seguida a la derecha, continuando con un paso lento y descontento, con las manos caídas detrás, en la espalda.

## LAS HURDES

---

Ésta es Extremadura, la carretera que va hacia las ciudades de Cáceres y luego a Plasencia. Vemos campos llenos de bellotas, que sirven para comida de los cerdos. Encontramos, por cierto, campesinos con innumerables grupos de puercos; vemos también rebaños de ovejas, más numerosos que en las demás regiones de España; pastos cerrados por muros, desde los cuales despuntan las cabezas de los caballos o de las mulas, y de vez en cuando, visiones fantásticas de gigantescas peñas en medio del campo. Nosotros vemos esto recorriendo el camino en dos grandes “jeeps”, detrás de los cuales van enganchados dos pequeños remolques. En los “jeeps”, hay siete jóvenes, tres muchachas y un sacerdote de unos treinta años. Van vestidos de “camping” todos, incluido el sacerdote. Luego de cierto tiempo abandonan la carretera asfaltada y se adentran por un camino más difícil, que lleva hacia la montaña. El paisaje se hace más selvático. Ahora pasan a través de un pequeño pueblo, después del cual el camino resulta aún más difícil, pedregoso y lleno de polvo. Los “jeeps” en la cuesta arriba deben frenar y proceder con cautela. El paisaje se hace cada vez más desierto de hombres y de casas. Los dos “jeeps” se paran de repente cuando se ve venir hacia ellos un extraño cortejo fúnebre, compuesto por cinco personas, dos que llevan, uno por cada lado, una caja de

muerto, y detrás, una mujer y otros dos hombres. Nuestros viajeros se descubren, el funeral pasa, y ellos emprenden de nuevo la marcha subiendo por la cuesta, en la que sólo encuentran a un hombre sobre un burro que les mira con cierto estupor. Finalmente, resalta un signo de vida allí en alto, entre piedras y árboles: dos o tres techos y un campanario. Los coches se detienen, los viajeros descienden. Han llegado a la meta. Inmediatamente se descargan sacos y tiendas, y comienzan a plantar un campamento con dos tiendas en un pequeño bosque. Les vemos ahora mejor: son jóvenes españoles, todos ellos alrededor de los veinte años, que se ponen a trabajar energicamente. Después, un grupo de ellos deja el campamento, que los demás están ultimando, y se dirigen hacia el pueblo vecino.

Pronto llegan a la primera casa. Hay silencio, y sus recias pisadas resuenan en las piedras de una callecita vacía, silenciosa, a lo largo de la cual corre un arroyuelo de agua. Las casas son bajas, sin chimenea, y más que habitaciones humanas parecen ser refugios para los animales. Los cuatro jóvenes, entre ellos una muchacha y el padre, continúan adelante, volviendo la cabeza a uno y otro lado, tratando de ver a alguien. He aquí a alguien, bajo un umbral, pero apenas ve a los forasteros se retira dentro y poco a poco cierra la puerta. Más adelante, una mujer, en medio de la calle, queda durante un instante quieta, mirando a los forasteros, después se vuelve y desaparece. Más adelante, de una casa sale un asno, y en seguida, detrás de él, un viejo, el cual se encuentra de frente a los forasteros y no puede evitarlos. El padre le da los buenos días y le pregunta dónde se halla la guardería. El viejo tarda en comprender. Entonces el padre le pregunta que dónde se encuentran los niños; el viejo comprende en seguida y le señala que camine siempre derecho. El grupo

continúa por estas callecitas pedregosas, sucias, de puertas cerradas, con alguna que otra gallina, de algún saco de castañas delante de una puerta. Ahora encuentran a dos campesinos, montados en sendos asnos, que contestan al saludo con desconfianza. En un pequeño ensanche hay cinco o seis hombres de varias edades, que interrumpen su conversación y vuelven todos la cara hacia los forasteros. Al saludo corresponden con un murmullo, ninguno sonríe. Todavía otra vez el padre pregunta dónde está la guardería, y uno responde en seguida, con precisión: "Allí, más adelante." Por cierto, llegan ya a nuestros oídos las voces de los niños, que rompen la atmósfera misteriosa y grave. Estos hombres están vestidos muy mal, pobremente, y tienen un aire un poco atontado. Uno de los estudiantes, que está encendiendo un cigarrillo, ofrece el paquete a estos hombres, pero ninguno alarga la mano para coger el cigarrillo que el joven ofrece. El muchacho pregunta: "¿No fuma nadie en Nuñomoral?" y tiende la cajetilla a estos hombres. Después como ninguno se mueve, saca él mismo los cigarrillos y da uno a uno a los hombres, que lo aceptan, y él con su mechero enciende sus cigarrillos menos a uno, que se lo guarda en el bolsillo. Fuman y parecen un poco más cordiales. "¿Cuántos sois en el pueblo?", pregunta el padre. Los hombres se miran entre sí y uno dice: "Mil", Otro interviene y dice: "No, somos menos." El que ha dicho "mil" añade: "Muchos están fuera, en Castilla."

Con un saludo, al cual ahora responden, los nuestros emprenden de nuevo su camino y pasan delante de la iglesia, un edificio en malísimas condiciones, en una elevación de tierra que ni siquiera tiene escalones para unirla con la calle. Se hallan inmediatamente delante de una casa distinta a todas las demás porque tiene puerta y ventanas, así como chimenea, y es bas-

tante amplia. El griterío de los niños crece y cuando nuestros forasteros entran se encuentran de repente delante de unos treinta pequeños que juegan: pero son niños mal vestidos, despeinados, muchos de cara enfermiza. En seguida aparece una monja, a la cual se acerca el padre, mientras nuestros jóvenes están frente a los niños, que a la vista de los forasteros han quedado todos mudos de repente. Todos aquellos ojos de los niños miran a los forasteros asustados; pero los jóvenes, y sobre todo la muchacha, se ponen a jugar con ellos. “Continuar jugando”, dicen y sonríen, y sacan de sus bolsillos algún caramelo, que distribuyen. El padre dice a la monja: “Estaremos aquí una semana. Le echaremos una mano.” La monja responde: “Hacen falta años. Yo estoy aquí desde el cuarenta y todavía está todo por hacer.” “Estos son estudiantes –dice el padre, indicando a los jóvenes–. Hay otros tres abajo, en el campo. Hemos traído el cine para los niños y un poco de ropa”, dice un estudiante. “Ninguno ha visto el cine en Nuñomoral. Ni yo tampoco lo he visto nunca. Aquí todos terminan tontos”, y sonríe suavemente con su cara buena pero cansada. La muchacha se ha sentado en el suelo en medio de un grupo de niños a los que hace reír: los niños se han familiarizado con ella mientras el padre y los estudiantes sacan de un gran saco zapatos y ropa blanca. Algunos niños se han quedado aparte del grupo jugando por su cuenta con monótonas diversiones. Uno golpea continuamente con una piedra sobre un pedazo de papel, mientras otro, a cuatro patas, sopla a una hoja de árbol, persiguiéndola como si fuese un gato. Casi todos chupan los caramelos, menos uno que lo tiene en la mano mirando lo que hacen los demás con dos ojos muy melancólicos. La muchacha lo nota y se aproxima a él para que coma el caramelo, pero el niño cierra la boca cuando ella trata de metérselo en la

misma. Le hace ver un *TBO* con el que ha hecho reír a los demás, pero él no sonrío. Se acerca también el estudiante moreno con gafas, que se inclina cerca del niño e imita los movimientos de un animal para hacerle reír. Pero el niño no se ríe. Le rodean también los otros, comprendido el padre, y compiten cómicamente con la misma intención de hacer reír al pequeño. El padre canta una cancioncita que corean los demás, pero inútilmente; el niño, que se llama Jesúsín, permanece impasible. Jesúsín se llama. Su nombre es pronunciado de todas las formas, pero en vano. El padre coge una de las camisas que la monja ha puesto sobre la mesa y se la pone a Jesúsín para familiarizarse con él, para ayudarle a romper su dramático mutismo; todos ríen al ver al niño con la camisa blanca, que le va demasiado corta, y Jesúsín se mira también él, bajando después la mirada a tierra. El sonido de una campanilla interrumpe la escena: es la hora en que los niños vuelven a sus casas. Algún familiar les viene a recoger; es toda gente silenciosa, mal vestida, que está aún más silenciosa que de costumbre porque hay forasteros. La monja da a las madres un poco de aquella ropa que le ha entregado el padre, jabón y, también alguna caja de polvos de talco. Una agita la cajita de los polvos y éste sale formando una nubecita blanca y la mujer no comprende lo que es, y la monja se lo tiene que quitar de las manos y se lo sustituye con un paquete de bizcochos diciendo: “Esto lo puedes comer, pero esto no.” Y mira al padre, como diciendo: “Así están las cosas por aquí”

Todos se van, también el padre con los estudiantes. “Hasta mañana”, dice el padre a la monja.

Pero Jesúsín se ha quedado allí. “Su madre viene siempre la última o no viene”, dice la monja. El estudiante moreno con gafas está a punto de irse con los otros, pero vuelve atrás. “Le

acompañó yo”, dice a la monja. Coge de la mano a Jesúsín y le dice: “Te llevo a casa.” Le indica: “¿Por aquí o por aquí?” El niño indica con un movimiento de la cabeza a la derecha y el estudiante se dirige en aquella dirección. Recorren juntos un trozo de camino y el estudiante al ver aquellos piecitos descalzos sobre aquellas agudas piedras le dice: “¿No te haces daño?” Jesúsín con un gesto dice que no. Después de algún tiempo el niño estira de la mano del estudiante para que cambie de dirección y caminan por una senda de las afueras del pueblo. De vez en cuando el estudiante da una ojeada al niño, como queriéndole comprender; el niño mira siempre de frente. Después, un rumor en medio del sendero obliga al niño a dar un pequeño salto hacia un lado. “¿Qué ocurre?” “Una víbora”, responde el niño. “¿Tienes miedo?” “No.” “Sube en mi espalda”, le dice el estudiante, y se agacha en seguida, invitándole a subir. Y como el niño permanece quieto, se lo carga casi violentamente sobre sus espaldas. Se vuelve a mirar a Jesúsín y ve que su sombrero de paja molesta con su ala la cara del niño, pero éste no dice nada. Entonces él hace algunos movimientos con la cabeza para frotar más la cara del niño, pero en Jesúsín no se adivina ni la más ligera sonrisa.

Llegan hasta un grupo de tres, cuatro o cinco casuchas. Jesúsín indica con un gesto que han llegado. Hay dos o tres personas delante de las casas, vestidas peor aún que las otras. Una arregla un par de zapatos, otro está sentado en tierra y una mujer está intentando meter dentro de una casucha a un cochinitillo.

La casucha de Jesúsín es una estancia baja y semioscura, sin lechos, con dos sillas de paja, un botijo en una ventana y un cajón en un ángulo. No hay chimenea y la estancia está llena del humo de una hoguera que se está extinguiendo en medio de la estancia. El estudiante descarga de sus espaldas

a Jesúsín después de haber mirado en torno suyo con mudo estupor. Después vuelve al umbral y pregunta al hombre sentado en tierra si no hay ninguno de Jesúsín. “Está la madre”, dice. El estudiante mira en torno y el hombre continúa: “Ha ido a por leña.” “Yo le echaré una ojeada”, dice la mujer, interviniendo al comprender la pregunta que hay en los ojos del estudiante. El forastero saca del bolsillo tres caramelos, los ofrece al hombre sentado en tierra y a la mujer, que se los comen en seguida. Jesúsín esta vez se to deja meter en la boca. “¿Te gusta?” El niño no responde. El estudiante echa una ojeada a aquellas tres criaturas silenciosas que chupan los caramelos y después dice: “Por qué no hacéis chimenea en vuestras casas?” El hombre, que continúa sentado en tierra, responde: “El humo va bien para las castañas.” “Pero os seca los pulmones, os hace morir antes”, dice el estudiante. El hombre le mira sin comprender. “Adiós, Jesúsín, hasta mañana.” El estudiante da un cachete afectuoso a Jesúsín, le sonrío, espera un momento a que también él responda con una sonrisa, le hace tres o cuatro muecas, pero después al ver que todo es inútil, se va sendero abajo, volviéndose dos veces para saludar al pequeño, que destaca allí, sobre el negro de la puerta de la casucha, siempre inmóvil, sin sonreír, pero siguiendo con la mirada al estudiante.

Al día siguiente los estudiantes y el padre se encuentran en un campo donde preparan una rústica pantalla para proyectar el cine. Hay algún que otro niño que está observando, y, más lejano, algún adulto. La estudiante está rodeada de tres o cuatro niños, con los cuales juega alegremente. El padre, en mangas de camisa, ha trepado a un palo y está clavando clavos. Los demás se afanan por ayudarlo. La estudiante tira una pelota de goma contra un muro y compite con los niños para cogerla

cuando rebota en la pared. Terminan rodando por el suelo y la muchacha y los niños se abrazan riendo en broma, y el abrazo se transforma a menudo en un abrazo cariñoso, en un beso que la muchacha da maternalmente a sus pequeños rivales de juego. El estudiante con gafas llega en este momento trayendo para todos agua para beber y se detiene casi en seguida asombrado: allí, a pocos pasos, semiescondido entre los matorrales, está Jesúsín, que mira aquella escena afectuosa entre la estudiante y los niños. Como uno que cree observar sin ser observado. El estudiante le llama: “Jesúsín.” El niño se vuelve como cogido “in fraganti”. Permanece quieto un instante, después escapa con toda la velocidad que le es posible. El estudiante le ve correr por el sendero, le sigue con la mirada hasta que desaparece entre el verde, mientras a sus espaldas crecen los gritos de los niños que juegan con la muchacha y los golpes de martillo del padre.

Llega la noche y en el lugar escogido todo está preparado para hacer ver el cine a Nuñomoral. En la penumbra resalta el blanco del telón. Se ven llegar, en silencio, como si fuesen a la iglesia, a los habitantes de Nuñomoral, alguno con su silla. Y los estudiantes los guían para que se coloquen delante de la pantalla. Se han puesto algunas tablas en las piedras, pero no todos caben y algunos están de pie, otros se sientan por tierra y hay dos o tres en un árbol. Llega también la monja, dos padres y dos personas que revelan ser burgueses pero que han vivido largamente en aquel pueblo adquiriendo algo de su vida selvática. La luna ilumina algunas caras. La estudiante se ha sentado al lado de un grupo de muchachos, y el estudiante con gafas, próximo al proyector, hace de operador. Jesúsín llega con su madre y con los ojos busca a alguien. Busca al estudiante con gafas, y cuando le ve, al lado de la máquina, fija sus ojos en él hasta que comien-

za el espectáculo. Aquel imprevisto rayo de luz blanca que parte de la máquina y llega a la pantalla hace cesar de golpe aquel cuchicheo que había y todos están con la mirada fija delante de sí. Nosotros vemos ahora muchas de estas caras, de niños, de viejas, de esta gente que vive una brutal vida. El sonoro invade el aire y comienzan en la pantalla a aparecer las imágenes: es un documental sobre la vida de los animales que muestra las fieras de la selva, desde el maravilloso papagayo de mil colores a la serpiente de cascabel, y al león y al tigre, que avanza amenazador. Las caras de estos primitivos espectadores señalan como un electroscopio las variaciones de la emoción, el estupor y el miedo. Jesúsín se arrima a su madre como queriendo ser protegido cuando el tigre salta hacia delante y el sonoro propaga su espantoso rugido. Inmediatamente después del documental se pasa a la parte cómica y Charlot llega con sus carreras en *La calle de la Paz*. Al principio parece que la comicidad no llega a estas criaturas, lejanas del mundo, pero de improviso se escucha un inicio de risa, después un poco más fuerte y finalmente estalla una carcajada entera, llena. Todos ríen, también la monja. Pero Jesúsín no ríe. Tiene siempre la mirada en el telón como todos los demás, pero no ríe. El estudiante de gafas ha dejado por un momento su tarea a un compañero y permanece en la oscuridad para echar un vistazo a Jesúsín. No, Jesúsín no ríe, pese a que todos los demás, ya confiados, se dejan arrastrar por las continuas risas. Vuelve corriendo a su puesto porque la película está a punto de terminar. Vuelve la luz, y todos se miran como venidos de otro mundo. Están quietos, en silencio, no saben qué hacer. Entonces el padre grita: “Ha terminado. Mañana por la noche haremos otros espectáculo. Hasta mañana.” Todos se alzan y comienzan lentamente a alejarse. Jesúsín y su madre

pasan al lado del estudiante con gafas y Jesús se para a mirarle mientras la madre le dice: “Vamos.” El estudiante se da cuenta que Jesús le mira, pero hace como que no da importancia a su presencia. Entonces el niño se aproxima y le tira de la chaqueta. “¡Ah Jesús!”, dice el estudiante de gafas, que volviéndose se encuentra con la cara siempre seria de Jesús. “¿Te ha gustado?”, le pregunta, y mientras tanto ve en la sombra la figura de la mujer que espera a Jesús. Jesús responde afirmativamente con la cabeza: “¿Más los leones o...?, e imita con dos pasos la forma característica del caminar de Charlot. “Los leones”, dice Jesús. “Mañana verás peces; la ballena, que tiene una boca así de grande.” Y le coge de la mano y le acompaña hacia la madre, una mujercita enfermiza de ojos asustados. Después dice a la madre, como si ya se conocieran: “Vengan también mañana.” La madre responde: “Vendremos.” Hacen un trecho de camino juntos. Después el padre llama en voz alta al estudiante, que dice: “Adiós, Jesús” buenas noches a la madre y se aleja imitando el caminar de Charlot, mientras Jesús, tenido de la mano por su madre y andando, está volviendo el rostro hacia el estudiante, que corre hacia sus compañeros, que están trabajando en desmontar la máquina de proyección.

Al día siguiente encontramos a los estudiantes, que trabajan como albañiles en una cabaña: están haciendo la chimenea. Hay diez o quince habitantes que miran. Después de cierto tiempo sale el humo de la chimenea y el padre dice: “¿Lo veis?” Todos miran y el padre dice: “Haremos también esta otra y mañana os dejamos.” “Yo no la quiero”, dice el hombre propietario de la otra choza. “No tienes que pagar nada”, dice el padre. “No la quiero”, repite el hombre. En este momento el padre se da cuenta que está Jesús y que busca a su amigo estudiante. Está

extraño el niño de no verle en medio de los otros, y quizá por primera vez en su vida se acerca a un desconocido, el padre, y le pregunta: “¿No está José?” El padre lo coge del brazo y le dice: “Se ha marchado..., tú no quieres reírte. Ríete.... haz una sonrisa y llamaré a tu amigo.” El niño no mueve la cara. Alrededor han venido también los demás a sonreír a Jesúsín. “Esta vez yo lo logro, tenemos que lograrlo”, dice uno, y como la vez primera en la guardería, él y los otros empiezan a improvisar tonterías para hacer reír a Jesúsín. El padre ríe, así como aquellos diez o quince hombres de Nuñomoral. Un estudiante se ensucia la cara de yeso, otro se pone un cubo en la cabeza, y todos giran alrededor de Jesúsín como los indios. También el padre; pero después cesan de repente, vencidos por la faz inmóvil del pequeño, con sus ojos que miran tristemente. Uno de los estudiantes coge a Jesúsín entre las manos, le eleva y le agita con una mezcla de afecto y de reproche, como enfadado por lo absurdo de la resistencia del niño. Le dice: “Jesúsín, tienes que reírte, vamos, adelante, mueve la boquita, vamos, un poquito”, y lo mueve más aún. El niño está impresionado por esta insistencia que parece hostil y los ojos se le llenan de lágrimas.

En este momento llega el estudiante de gafas, que viene con otro muchacho estudiante, llevando una carga de ladrillos. José ha visto parte de la escena y dice a todos unas secas palabras de reproche. Después se carga en sus espaldas al niño y se dirige hacia su casa. Atraviesa otro espacio donde la estudiante ha agrupado alrededor suyo a algunos muchachos y muchachas del pueblo y están bailando al son de un tambor, como es costumbre allí. El estudiante cambia un saludo con la muchacha y siempre teniendo a Jesúsín en sus espaldas marca algún paso de baile con ella y le da un beso, haciendo reír a todos. Luego se aleja

del grupo. El viento se levanta un poco. “Era una vez un lobo... –comienza el estudiante, contando una fábula al niño, teniéndole siempre a caballo sobre sus espaldas–, un lobo que tenía ganas de comer una oca pequeñita y muy bonita...” Mientras camina, como el viento amenaza hacerle volar el sombrero de paja, se lo sujeta con la mano. Pero después, mientras cuenta la fábula, hace gestos con las manos y un soplo de viento le hace volar el sombrero a lo largo del sendero. En seguida lo persigue, pero como si el viento jugase con él, lo empuja siempre más adelante. Entonces deja al niño en el suelo y se pone a perseguir al sombrero, que finalmente alcanza con un salto, casi cuando está para volar por una vertiente abajo. Apenas lo ha recuperado, todo satisfecho, se vuelve hacia Jesusín, que se ha quedado allí, a lo largo del sendero. La cara del estudiante parece hipnotizada: denota un estupor y una dicha profunda. Lentamente se levanta. Allí está Jesusín, que le mira sonriendo. Jesusín sonrío. Va hacia él golpeando el sombrero contra las piernas para quitarle el polvo, y también él sonrío, pero en sus ojos brilla una lágrima de emoción. No dice nada al niño, se lo vuelve a cargar sobre sus espaldas y dice a Jesusín que le sostenga el sombrero con sus manos y se pone a correr como un caballo, volviéndose alguna vez para ver al niño. Ve que sonrío, y más fuerte aún galopa hacia la casa, que aparece allá, en el fondo.

FESTIVAL DE CINE  
EL GRAN FESTIVAL  
FESTIVAL DE ESTRELLAS

---

Señoras y caballeros: En el año 1895, la gente vivía con bastante tranquilidad, como ustedes mismos pueden juzgar. Había ricos y pobres (he aquí, señoras y señores, algunas muestras). Unos, con el primer automóvil, y otros, con las últimas bicicletas. Había quien iba al mar, quien al monte y quien se quedaba en la gran ciudad a ver los campeonatos del mundo de lucha libre, de los cuales, si ustedes permiten, les haremos ver con rapidez el momento en el que el campeón turco lanza su fulminante “llave Nelson”.

Señoras y caballeros, inesperadamente, en medio de esta vida tranquila, estalló un grito: “Se ha inventado el Cinematógrafo”.

El primer espectáculo, como podéis ver, se desenvuelve en una pequeña sala, y los espectadores han entrado pagando la localidad con mucho escepticismo. Sobre la pantalla aparece un jardinero que, con la manga de riego, en vez de mojar las flores, se moja a sí mismo por equivocación; después he aquí una vía del ferrocarril y, a lo lejos, muy lejos, muy lejos, un punto, el tren; el tren, que avanza, avanza, avanza y se agiganta, cada vez más, e invade la pantalla y parece que, además, se precipita sobre los espectadores, los cuales se ponen en pie y huyen, horrorizados.

Desde este momento, señores, empieza la fortuna del Cinematógrafo. Un señor, de cuyo nombre no nos acordamos, declara que este invento serviría, con seguridad, para desarrollar

la convivencia entre los pueblos. y, en efecto, todos quieren ir a ver el tren que llega, quieren probar la gran emoción, el miedo, el terror. Durante muchos días, en la pequeña sala, los ciudadanos continuarán entrando, cada vez en mayor número, y saldrán corriendo, agitando las manos y con los ojos desorbitados.

Cada día que pasa, el cine se extiende como un fuego: he aquí los chinos, los japoneses, los esquimales, los groenlandeses, los negros, los blancos, los viejos, los niños, las mujeres, que lloran, quizá ríen, o quizá den, todas, un grito de angustia. He aquí el cine que mueve a todos, en las butacas, como las espigas del trigo son empujadas de acá para allá por el viento.

En la pantalla pasan maravillas siempre nuevas: personajes antiguos, Nerón, Napoleón sentado en una roca de Santa Elena, Cristo con la cruz a cuestas, el primer beso entre la gran actriz y el gran actor. Pero, en materia de besos, el cine hace progresos incontenibles. He aquí un beso que dura quince segundos, veamos este otro que dura treinta segundos. Hasta que se alcanza el beso más largo en la historia del cine: ¡Un minuto! He aquí el beso submarino, el beso acrobático, el beso cabeza abajo. Cada película nos trae una novedad en materia de besos, señoras y caballeros, y nosotros estamos encantados de mostraros los ejemplos más bellos, más originales. Después, llega la época de reír, reír. El público, desternillado de tanto reír, parece un bosque agitado por un huracán. Mientras, en los Estudios, se lanzan decenas de tartas rellenas de crema. Hay tal consumo de crema que se organizan distribuciones de crema a los pobres, ordenados en filas y con cuchara en mano cada uno; después del rodaje pueden comer la crema estampada en el muro o en el rostro de los actores. Pero las emociones más grandes son las producidas por las galopadas furiosas en las praderas: ¡qué llega

el chico! He aquí al actor malo que está apuñalando a la mujer atada y que debe bajar el puñal lentamente, porque el brazo asesino debe ser detenido por el salvador en el momento justo en que el acero va a penetrar en las carnes de la víctima.

He aquí la película de *gangster*, los cien modos de asesinar a la gente (tac, tac, tac, tac, el revolver dibuja flores en las puertas, en los cristales de la ciudad ¡Qué valientes son los gangsters! He aquí una escena en la que el gangster dispara, haciendo huir a la gente, mientras reparte sus tiros al mismo tiempo que unos besos a la mujer; pero, por causa de que el ritmo es siempre más rápido, termina por disparar a su amada y mandando un beso hacia la gente que escapa.

Señoras y caballeros, estamos en el año 1914, pero siguen, como pueden ver, las calles con ricos y pobres, con los que van al mar y con los que se quedan en la ciudad a ver los campeonatos de lucha libre. Repentinamente, sin embargo, una voz grita: "La guerra." Les haremos ver, eso sí, con discreción, algún trozo de la ocurrida desde 1914 a 1918. Desgraciadamente, no tenemos todavía el sonoro y ustedes permitirán que sea yo el que haga los ruidos de las bombas: "¡Bum, bum, bum!" No es perfecto, pero he procurado acercarme a la verdad como mis débiles fuerzas me han permitido. He aquí aún bombas, ruinas. Mirad el famoso y maravilloso castillo D'Gra lleno de grandes tesoros de arte, que con dos solas bombas, ¡bum, bum!, ha quedado arrasado. No podemos haceros ver los muertos porque no tenemos intención de entristecer vuestra jornada. Al contrario, mirad, en el cielo, las granadas de mano estallar como fuegos artificiales, mirad. ¡Es maravilloso!

Después llega la paz. Todos nos abrazamos. Todos dicen: "Es la última guerra", y arrojan las armas al suelo. Observad este

señor, que ha enterrado su fusil y, como si fuera un perro, echa encima el último montón de tierra y después se aleja lleno de fe en el porvenir. Tiene razón, porque vemos que el famoso castillo D'Gra ya ha sido reconstruido, más bello y más grande que nunca.

En la pantalla pasan los hombres fatales. Aquí tenemos a Rodolfo Valentino, he aquí sus ojos, brillantes como estrellas en las noches de pasiones sin fin. Las mujeres, apasionadas por él, se suicidan, arrojándose desde los puentes al paso del tren, al mar, mientras el director grita al divo fatal: “¡Repíte la escena!” (y advertimos cómo el galán, para estar a la altura de la estrella, ha tenido que subirse en un pequeño taburete).

Un día, inesperadamente, cuando el mundo menos se lo esperaba, un nuevo gran invento sacude a la pantalla: el sonoro. He aquí un fotograma que representa un hombre que intenta hablar, pero no lo consigue. Los técnicos trabajan alrededor de este fotograma y, finalmente, el hombre mudo lanza un grito. ¡Ha conquistado la palabra!

Señoras y caballeros, como resultado de aquel grito han nacido sonidos y cantos a granel. Es la época de la despreocupación. Y el espectador se acomoda, feliz, en la butaca, comiendo chocolatinas, caramelos... El italiano come sus helados; el americano, chicle; el mejicano, tortillas; el chino, arroz; un caníbal de la Bubanda, un hueso de hombre, y los ojos de casi todos están fijos en la pantalla. Con absoluta felicidad. Por esto es por lo que, con cierta sorpresa, todos se encuentran frente a una nueva guerra.

Señoras y caballeros, esta vez ya tenemos el sonoro; por consiguiente, ya no es necesario que yo haga ¡bum, bum! Pero es la técnica la que os hace sentir con exactitud una bomba que

estalla y que destruye un país al grito de horror de un niño que huye. Vemos de nuevo el castillo D'Gra, arrasado por segunda vez; pero ahora sólo con una bomba. Aparece sobre la pantalla un rostro: el dictador A.K., que es un gran cómico camuflado de dictador.

Y un buen día, la guerra se termina y todos guardan sus uniformes de guerra en los armarios roperos, y el castillo D'Gra es reconstruido una vez más, con una rapidez mayor que la primera, porque la técnica continúa haciendo grandes progresos. Un hallazgo, como podéis ver, señoras y caballeros, es la casa prefabricada, que permite hacer una invitación al amigo para las seis, a las cinco y media uno va a la tienda, compra la casa y la monta en un dos por dos son cuatro, y a las seis llega el amigo invitado a tomar una taza de té.

Aquí están las lavadoras eléctricas, en las cuales las mamás lanzan a sus hijos y los sacan limpios y sonrientes dentro de una nube de talco. La Naturaleza misma ha mejorado: con una inyección, una manzana se hace mucho más gorda. Entre las naciones hay una lucha continúa para superarse en el campo de la técnica. He aquí el aspirador eléctrico A, luego el aspirador B, C, E, G, H; el aspirador H es el más potente de todos, y es preciso usarlo con mucha delicadeza, porque se ha dado un caso en el que una pobre doméstica ha sido aspirada por el aparato mientras lo usaba ella misma. (Ésta que os hacemos ver es la familia de la pobre doméstica, y el padre, un buen trabajador, y sus dos hijitos, que depositan una flor sobre la aspiradora eléctrica, tumba de su querida respectiva compañera y madre.)

También el cine participa en esta maravillosa reconstrucción de la vida. Los pueblos, anualmente, se reúnen en Montestoril para luchar libremente con las obras del ingenio cinematográ-

fico. He aquí todas las banderas de todas las naciones; he aquí los delegados de todas las naciones; he aquí, en la gran pantalla de Montestoril, las películas mejicanas, con sus grandes sombreros; las películas suecas, con sus parejas desnudas, y las películas americanas y sus maravillas técnicas (¿...?): color, relieve, panorámica, cinemascopio; para verlas mejor, he aquí a esta estupenda mujer que se aleja hacia el horizonte contoneándose. He aquí las películas rusas, con un tractor, dos tractores, tres, cuatro, té de las cinco, etcétera, etc.

Este año, 1954, en Montestoril hay una atmósfera particularmente alegre, satisfecha, porque el Festival se ha dedicado a una cosa que está en el corazón de los hombres de todos los partidos y todas las naciones: la Paz. Mirad esta pancarta escrita sobre el Palacio del Festival: "Primer Festival Cinematográfico de la Paz". Los aviones escriben con humo en el cielo: "Montestoril, Paz". Las calles están llenas de símbolos de Paz, como flores, corderitos, etc. Mirad las caras sonrientes, satisfechas, de los delegados de todas las naciones. ¡Ah, qué bello es vivir! Así que tenemos el honor de haceros asistir a la inauguración de este acontecimiento, en el cual el cine llega a su más alta expresión, siempre proclamado desde su nacimiento, como un espectáculo que contribuye al nacimiento de la Paz en esta nuestra tierra.

Señoras y caballeros, el Gran Festival queda abierto. Veremos los productos del corazón de cada una de las naciones. Las estrellas y los actores, los hombres políticos de todo el mundo, los personajes famosos en todos los campos; hélos entrando en la gran sala del cine bajo los haces de luz de los reflectores. Están también los generales y los coroneles, que muestran sus rostros más sonrientes. Tenemos, sin embargo, que registrar un pequeño incidente, que ustedes mismos juzgarán como una cosa de poca

importancia: un señor, a pesar de su aspecto simpático, es conducido por la Policía porque se ha presentado allí, en lo alto de la escalinata, frente a todas las cámaras tomavistas y a los reflectores, desnudo, cubierto sólo el sexo con una gran hoja de parra. Este señor sostiene con garbo, con infinita educación, que, para desear la Paz sinceramente, es preciso desnudarse, no desear los trajes, que son la causa de las luchas, primero pequeñas y después grandes. Puede ser que tenga razón, pero no es ésta la noche más indicada para hacer tal propaganda, estando las señoras vestidas ricamente y llenas de joyas y los hombres vestidos de *smokings* negros o blancos. El público que forma callejón en la entrada aplaude, gritando: “¡Viva la Paz, viva la Paz!” Y, francamente, el Festival no podía empezar en una atmósfera mejor que ésta. Las estrellas y los actores se ceden el sitio entre ellos, y delante de los fotógrafos se apartan, modestamente, y se cubren con la mano el rostro, empujando hacia delante a su compañero y compañera. Frente a las puertas continúan cediéndose gentilmente el paso, en un excesivo alarde de delicadeza. Y no nos es difícil ver grupos de gente estacionados durante mucho tiempo, porque nadie se decide a entrar el primero. Habiendo un mendigo en la entrada del Festival, el esfuerzo de generosidad entre las personas es vivísimo, cada una quiere ser la primera en ofrecer, y es muy agradable ver a los señores que ofrecen su limosna con la misma cordialidad que se ofrece un aperitivo: “No, pago yo; no, pago yo; no, pago yo.” Aquí están, en la puerta los veinte miembros que componen el Jurado, anunciados solemnemente con el nombre de cada una de las naciones. Uno de los miembros del Jurado declara al micrófono: “¡Vencerá el mejor!”

Un señor muy distinguido, vestido de frac, con una bonita chistera, sube la escalera y entra en la inmensa sala del Festival,

adornada con alas blancas por todas partes, dirige una larga sonrisa a todos y se quita la chistera, descubriendo en su cabeza, calva, una paloma blanca que levanta inmediatamente el vuelo. Las acomodadoras, –bonitas muchachas– están vestidas de seda blanca y llevan dos alitas de tul, que agitan graciosamente mientras acomodan a los espectadores...

El Presidente del Festival corta, finalmente, la cinta del mismo y empieza un discurso que hace salir las lágrimas en los ojos de muchas personas de los delegados de todas las naciones. Es agradable ver los ojos tan diversos unos de otros y cómo poco a poco se van humedeciendo y dando a los rostros de razas diversas una expresión de igual bondad y humanidad. Todos le dan ánimo al Presidente, pero no lo consiguen. La emoción es demasiado grande. Y entonces es sustituido por el Vicepresidente, que, con una actitud segura y brillante, quiere concluir el discurso de su predecesor. Pero, a su vez, la emoción lo embarga en el mejor punto, inesperadamente, y sólo un aplauso resuelve la situación, permitiendo así empezar con dulzura la serie de proyecciones.

Finalmente, las luces se apagan, mientras resuenan los últimos aplausos que han subrayado el discurso del Presidente o del Vicepresidente. Y he aquí, en la pantalla, los primeros haces de luz blancos de la película que está por empezar. En la sala, los espectadores se acomodan en las butacas; pero primero se vuelven con delicadeza hacia aquellos que tienen detrás, pidiendo perdón por si les quitan un poco de visibilidad. Los interpelados aseguran que todo marcha estupendamente y, a su vez, demuestran la misma preocupación hacia aquellos que tienen a sus espaldas, y vemos así en la sala un movimiento general de cabezas que se vuelven y de cuerpos que resbalan sobre la butaca para

bajarse al máximo, mientras suenan las notas de la música de la primera película.

Señoras y caballeros, la primera nación, por orden alfabético, que tiene el honor de aparecer sobre la pantalla con su película es la Argentina. La película se titula *El señor Julito*. Vemos un pequeño interior burgués, con un señor de unos cuarenta años, de aspecto bonachón, que esta comiendo, servido por su mujer, bastante graciosa. La mujer le dice que hoy irán juntos al cine; pero él no la escucha, porque lee una noticia en la prensa que le impresiona. Efectivamente, se levanta en pie y grita: "Ves, todavía existe el peligro de guerra." La mujer lee los titulares del periódico y pone una cara triste porque reconoce que es verdad. Entonces, el señor Julito dice, con su cara bonachona, que es preciso intervenir, que cada ciudadano tienen el deber de intervenir. El señor Julito coge la maleta, la gabardina y dice que debe intervenir en seguida para detener esta nueva conflagración. La mujer se ha enfadado porque el marido no la lleva al cine, pero a Julito no lo detiene nadie, grita que es preciso salvar millones y millones de vidas humanas. Nuestro señor Julito sale precipitadamente de casa y se va a la vecina playa. Aquí, en medio de la gente que tranquilamente se divierte, llena su maleta de arena, después de haber preguntado cuál era la más fina. La gente lo ve alejarse con su maletín, mientras saluda gentilmente a todos. Y el señor Julito, desde este momento, empieza a coger trenes, aviones, automóviles, para dar la vuelta al mundo con su maletín. Va a la República de Pam Pam, al reino de Bam Bam, al imperio Tam Tam y por todo el ámbito de la tierra. En todos los lugares, después de mirar a su alrededor con circunspección, mete un puñadito de arena en los motores de los tanques, de los aviones, en las bombas, en los cargadores de fusiles, allá

donde encuentra instrumentos de guerra. Desgraciadamente, se han dado cuenta en seguida de la obra del señor Julito, porque cablegramas, teletipos, etc., saltan desde Pam Pam a Tam Tam y a Mam Mam, dando señas personales del pequeño hombre que se mueve en los campos bélicos inutilizando las armas. La Policía internacional mira todas las maletas de los viajeros, les da la vuelta; de las maletas sale de todo, pero no aparece la arena. El señor Julito todavía no ha sido encontrado. Continúan los cablegramas, los teletipos, y el señor Julito continúa estropeando motores y armas; pero, finalmente, he aquí la maleta tan rebuscada, llena de arena, y al señor Julito lo detienen. El señor Julito es reo confeso. “Lo hacia con fines de paz”, declara. “¡Desgraciado! –le responde uno de los jueces, que le condena a muerte, y los jueces son de todos los Estados: Bam Bam, Tam Tam, Pam Pam–. ¡Desgraciado! Usted ha arruinado un patrimonio de miles de millones, el trabajo de años, el sudor, la fatiga de mentes y brazos. Y lo colocan delante de un muro y los soldados de Pam Pam, Tam Tam y Bam Bam, a la voz de ¡fuego!, dicho en varias lenguas, disparan. Pero también en los fusiles el señor Julito ha metido arena. Apenas se dan cuenta los soldados, los oficiales miran amenazadoramente a Julito, que baja la cabeza tímidamente, como cogido *in fraganti*. Pero he aquí que llega corriendo un soldado con fusiles nuevos, asegurando que son recién salidos de fábrica y garantizados. Efectivamente, a la nueva voz de ¡fuego!, disparan, y el señor Julito muere. Todos los delegados de Bam Bam, Tam Tam y Pam Pam se estrechan calurosamente las manos, saludándose con estas palabras: “¡Hasta la próxima guerra!” Se inclinan, se van, mientras la palabra FIN invade la pantalla.

Estalla una gran ovación, y nosotros tenemos el placer de oír en seguida los comentarios de uno, de una pareja, de un grupo.

Comentarios rápidos o en alta voz, o en voz baja, o también al oído.

Un señor con una gran condecoración sobre el pecho dice si el señor Julito hubiese llevado a su mujer al cine, en primer lugar, estaría vivo todavía, y, en segundo, estaría bien tranquilo con su conciencia de marido. Un tercero pregunta a su vecino si con aquellas naciones –Bam Bam, Tam Tam, Pam Pam– existe quizá alguna alusión a las naciones verdaderas.

Las discusiones continúan en los hoteles, en las calles, en las casas... En la bella playa ha sido detenido un hombre porque estaba cargando de arena, no una maleta, sino un carro, influido, evidentemente, por la película del señor Julito. Y un niño llamado Jaimito ha metido un poco arena en el motor del pequeño coche de su propio padre, provocando la ira y ganándose una paliza al mismo tiempo que grita el padre que no es conveniente llevar los niños al cine.

Los únicos que no comentan nada son los del Jurado. Ellos tienen la obligación de no expresar ningún criterio antes del fin del Festival, y, cuando están a punto de dejarse llevar por alguna indiscreción, prefieren huir o meterse, como tapón, el pañuelo en la boca.

Henos aquí ante la segunda película, esto es, en la segunda jornada. Sobre la pantalla aparece el título de una película belga, titulada *La isla*. Se ve en seguida el mar con dos naufragos, que han conseguido salvarse sobre una balsa, donde recogen también cajas de cosas que flotan. Los dos se presentan, pero hablan un idioma distinto y, por este motivo, más que con palabras, se expresan con gestos y mímica. Por suerte, hay una isla cercana, pequeña, pero agradable, en la cual se acomodan alegremente. Tienen provisiones para poco tiempo, armas y

hasta un aparato de radio. Podríamos decir que desgraciadamente, porque inesperadamente la radio, en una lengua que nosotros no conocemos, pero que traducimos para ustedes, queridos espectadores, en vuestro idioma, da la noticia de que entre los dos pueblos de nuestros amigos náufragos se ha declarado la guerra. Entonces los dos náufragos se ponen serios y, con tácito acuerdo, se reparten todos aquellos enseres y cosas que han recogido y montan dos campos opuestos a la distancia de unos treinta metros el uno del otro. La radio, por común acuerdo, la sitúan en la línea que divide los dos campos, y de esta manera sirve a los dos enemigos. Los dos enemigos han señalado sus fronteras, y a nosotros nos parece que no saben todavía comportarse; pero, tanto el uno como el otro, nos hacen ver sus intenciones, porque cargan el fusil y vemos a uno de ellos que se dispone a disparar contra el otro, pero el otro ha tapado el agujero a través del cual le había visto moverse de un lado a otro. Sea como sea, se cambian algunos tiros de fusil. La radio transmite los partes de guerra, que una vez son a favor de uno y otra a favor del otro. Cosa esta que provoca la felicidad de uno o del otro, con gritos festivos, cantos nacionales, banderas levantadas al aire, etc. Hay también bombardeos aéreos, porque uno de los dos, con las lianas, como Tarzán, consigue hacer una improvisada incursión sobre el campo del adversario, disparando desde arriba una ráfaga de ametralladora. De noche intentan ambos una sorpresa; pero como, al mismo tiempo tienen la misma idea, sucede que mientras uno conquista el campo del otro el otro conquista el campo del uno, así que, invirtiendo el orden de los factores, el producto no cambia. Efectivamente, los dos disparan otros tiros de fusil desde el campo en el que están respectivamente en posesión. La radio da noticias de que, al fin, se va a tratar

la Paz; pero justo en este momento los dos que se han lanzado de un sitio para otro, bombas de mano, han estropeado la radio. ¿Se concluirán o no los tratados de Paz? Los dos sacan bandera blanca y se ponen de acuerdo para arreglar la radio. El trabajo es largo, y durante él vuelven a ser los buenos amigos de los tiempos de la balsa. Están alegres, gentiles, pero he aquí el momento en que la radio vuelve a funcionar. Efectivamente, se oyen las voces de todo el mundo, un canto, una noticia, una guía publicitada, una música y, finalmente, la vieja estación: los tratados de Paz han fracasado, los dos Estados todavía están en guerra. Entonces los dos enemigos se separan precipitadamente, y con rapidez vuelven a disparar, furiosos, tiros de fusil desde sus trincheras, mientras la palabra FIN invade la pantalla.

Los aplausos son muchos, como la primera vez, y los comentarios, variadísimos tanto en la sala como en otros lugares de Montestoril. Hay también un grupo de personas de varias naciones que charlan tranquilamente entre ellos, bebiendo *coktels* y comiendo bocadillos.

Cuando uno de los presentes se dispone a abrir la radio, todos se lanzan sobre él para detenerlo, diciendo: “Estemos un poco tranquilos, nunca se sabe... Terminemos primero de comer estos deliciosos bocadillos, nunca se sabe...”

Y he aquí la tercera película, de Canadá. Es una película histórica, efectivamente; vemos en seguida una plaza de hace algunos siglos, rodeada de casas, donde un pregonero hace sonar estrepitosamente el tambor y a su lado un mensajero del rey se dispone a leer un bando. “Ciudadanos, bajad todos a la plaza, el rey lo manda, partamos en seguida hacia la guerra”. Pero nadie se asoma a las ventanas, nadie baja a la plaza; al contrario, vemos detrás de los postigos los ciudadanos que miran al men-

sajero del rey, que continúa repitiendo monótonamente y cada vez más fuerte su mensaje, mientras el tambor, entre lectura y lectura, llena el ámbito con su gran fragor. Los ciudadanos, detrás de las ventanas, escondidos en sus casas, nos hacen ver su actitud, vemos al incierto, al menos incierto, a aquel que llega hasta el límite del umbral y, después, se vuelve atrás. Al que se pone la coraza doble o triple y, después, finalmente, se la quita y se pone el pijama del tiempo y se mete en la cama. En un momento dado es el rey en persona quien va a la plaza, cruza los brazos y levanta la cabeza indignado. Él en persona, después de un redoble de tambor todavía más fuerte, se coloca en medio de la plaza y llama a sus súbditos. La primera vez con suavidad: “Ciudadanos, os ruego que acudáis aquí, debemos partir hacia la guerra...” Nadie responde. “Ciudadanos –dice por segunda vez–, cuento hasta diez y os quiero ver a todos en la plaza, armados completamente.” Pero nadie responde. Entonces el rey da una orden tajante con su potente voz, una orden que verdaderamente da miedo, por su fuerza, su decisión y su volumen: “Ciudadanos, cinco segundos de tiempo u os corto la cabeza. Uno... dos... tres... cuatro... cinco –repite el rey–, cinco –repite por tercera vez–, cinco –repite él por la cuarta y última vez–, como si el “cinco” lo sacara del fondo de sí mismo.” El rey queda en medio de la plaza como quien espera con fe que esta vez se abran las ventanas y se descorran los cerrojos de las puertas. Pero en vano. Entonces, viniéndose abajo toda su entereza, el rey comienza a sollozar apoyándose, como un niño, en el muro, mientras el tambor vuelve a batir y la palabra FIN invade la pantalla.

Naturalmente, los comentarios son numerosos y variados, como siempre, pero nosotros no tenemos tiempo para registrar-

los todos. Registrar los comentarios de los ricos, no ciertamente iguales a aquellos de los pobres y los de los pobres que no son ni mucho menos iguales a aquellos de los ricos. Y el de los amantes, que encontramos, como de costumbre, en la cama, donde intercalan las batallas de amor con el comentario del Festival. Pero ¿qué es lo que piensa el pequeño Jaimito de esta película? Encontramos a Jaimito en la playa, que está jugando con una niña, todo sucio. Su padre le llama desde lejos con voz imperativa: “Ven aquí, Jaimito”. Jaimito no se mueve. Al contrario, mientras el padre sigue llamándole y amenazándole, le dice a su pequeña amiga: “¡Verás como dentro de poco se pone a llorar!” Pero el padre que llega al máximo de la exasperación, como el rey, y precisamente en el momento que debía empezar a llorar, echa a correr, alcanza a Jaimito y le da dos palmadas fuertes en el trasero, por lo que es Jaimito el que, huyendo, se pone a llorar.

La proyección de las películas continúa despertando un interés creciente entre la prensa internacional. A Montestoril llegan, atraídas por el gran acontecimiento, personas de todas las partes del mundo. Entre éstos hay siempre alguna del tipo del señor desnudo, que tiene algunas ideas sobre la Paz. Efectivamente, uno besa a todas las mujeres que encuentra por la calle, ya que dice que la llave del amor es el fin de los celos y que un día de besos públicos y de cambios de mujer dará a la humanidad la Paz, ya que señalará el fin de los celos, que es el secreto motor de todos los desastres del mundo. Lo encontramos mientras besa a la mujer de un señor, el cual, sin descomponerse, después de haber escuchado las explicaciones del tipo, le dice: “Como símbolo, señor, yo os puedo comprender perfectamente, pero como realidad, me debéis permitir que os hinche un

ojo.” Y de pronto le da un puñetazo, dejándole un ojo hinchado y morado, alejándose seguidamente con su mujer, saludando a todo el mundo con corrección.

Aquí tenemos la cuarta película; no queremos haceros esperar más. Dinamarca se presenta con un título largo y penetrante: *Por qué no se desencadenó la guerra del 190...* Vemos en seguida un viejo empleado, de cincuenta años, que se levanta por la mañana y sale de casa con su paraguas y su modesto impermeable –existe el peligro de que llueva–, despidiéndose de su mujer y de sus hijos. El empleado se marcha con la advertencia de su mujer, que le recomienda escriba a su tía Paulina. Nuestro empleado se da prisa porque está a punto de sonar la hora de entrada a la oficina y llega a las nueve, pasadas. Se sienta en su sitio, con la lengua fuera, porque ha tenido que subir las escaleras corriendo para llegar puntualmente al gran edificio donde está escrito con grandes caracteres: “Ministerio de la Guerra”. Se encuentran soldados, oficiales que caminan todos con una gran prisa. Nuestro empleado se pone a escribir una carta privada, la que debe mandar a su tía Paulina, después de mirar en torno suyo con circunspección, mientras en el vasto salón todos los dactilógrafos están escribiendo a la orden de varios oficiales que dictan con aire decidido, marcial, casi como si estuvieran dando directamente las órdenes a la persona interesada. En resumen, hay un ambiente verdaderamente militar. Nuestro empleado escribe: “Querida tía: Estamos encantados de aceptar tu invitación, por lo que iremos a pasar las vacaciones a tu casita a orillas del arroyuelo...” El empleado se para y sus ojos vagan como quien sueña en la quietud de aquel arroyuelo. Pero en este momento entra como el viento el General en Jefe, poniéndose todos firmes a la voz de ¡en pie! Cesa el rumor

de las máquinas de escribir por un momento. El general da una ojeada alrededor, ve todas las máquinas ocupadas menos aquella de nuestro empleado y hacia ella se dirige con su paso autoritario. Nuestro empleado, precisamente en aquel momento, está metiendo dentro del sobre su carta para la tía Paulina. Se la mete rápidamente en el bolsillo y se pone firme delante del general. “Declaración de guerra –grita el general–. ¡Deprisa, deprisa!” Nuestro empleado obedece rápidamente y se pone a escribir bajo aquel impetuoso dictado del general, que parece como si estuviera disparando tiros de revólver con sus palabras, mientras detrás de él todos los oficiales están en actitud de firmes. En un momento, a un ritmo diabólico, queda escrita la carta, y el general grita: “Enviar hoy mismo, hoy mismo, ¡HOY MISMO!” Después cambia de parecer: “No, en seguida, enviad en seguida, ¡EN SEGUIDA! ¡Id! ¡Urgente!” El empleado se pone en pie, se mete la carta en el mismo bolsillo donde hemos visto meter la carta para su tía Paulina, coge su sombrero e impermeable, mientras el general desaparece al mismo tiempo que en la gran oficina comienzan de nuevo los otros a dictar sus marciales misivas y sus partes oficiales. Pero el general se vuelve para abrir por un momento la puerta y a nuestro empleado, que ha olvidado el paraguas y está cogiéndolo. El general, que está todavía en el umbral: “¡Deprisa, deprisa!” –dice, haciendo bocina con sus manos en la boca–, “¡DEPRISA!”, le grita, infundiéndole miedo con su terrible voz. Y entonces el empleado sale corriendo sin coger el paraguas. Con un corte seco nos encontramos a orillas del arroyuelo donde está la tía Paulina que vuelve a su casa. El cartero le da una carta, y ella la lee, poniendo una cara de susto; luego le dice a su criada: “Esto es horrible!” ¡Me han declarado la guerra! Pero ¿qué he hecho yo? ¡Me han declarado la guerra!

Mientras la palabra FIN avanza sobre su rostro espantado y casi lloroso.

Señoras y caballeros no interrumpiremos y proseguiremos inmediatamente con la otra película, sin contaros que aquel día en Montestoril, y quizá en todo el mundo, los maridos han tenido especial cuidado en separar bien sus cartas, con el temor que aquella de la amante fuese a parar a manos de la esposa, o viceversa. Aquí, pues, tenemos una película del Ecuador titulada *¿Quién ha sido?* Vemos en seguida un cañon que dispara fragorosos cañonazos. Dos soldados tiran de la cuerdecita y cargan mientras el observador dice: "¡Blanco!", o dice: "Más a la derecha, más a la izquierda, más alto, más bajo." Los dos soldados, mientras cumplen mecánicamente su deber de artilleros, hablan entre ellos. Uno de los dos pregunta al otro, con una idea repentina: "Oye tú, sabes el motivo de esta guerra?" El otro responde: "No lo sé" Pero hay un oficial que los mira con severidad, y entonces los dos soldados reanudan con más brio el tirar de la cuerdecita del cañón y el meter dentro obuses. Pero en el momento que se dan cuenta de que el oficial no los mira, reanudan su conversación. "Ciertamente –dice un soldado, mientras introduce otro obús en el cañón–, el oficial lo sabe." Efectivamente, el oficial en este momento está mirando por el telémetro a su alrededor con un aire cada vez más autoritario. Pero nosotros nos acercamos al oficial, que deja de mirar por el telémetro, y a otro oficial que está a su lado le pregunta también él, como asaltado por una idea repentina: "Pero ¿sabes por qué es el motivo de esta guerra?" El otro oficial no responde en seguida; después indicando al general, que a su vez sobre un plano más alto esta mirando a través del telémetro a su alrededor, dice: "Sin duda el señor general lo sabe." Pero precisamente en

este momento deja de mirar a través del telémetro el general y nosotros vemos desde lejos que pregunta a otro general que está a su lado y este general hace un significativo ademán con los brazos que significa: no lo sé.

Se ve que esta pelliculita ha hecho impresión en Montestoril, porque todos se preguntan, el porqué de la guerra. También nuestros dos amantes, y también Jaimito, que atormenta a su padre y quiere saber absolutamente el porqué de la guerra, la comentan. El padre no sabe qué responder, y termina enfadándose con Jaimito, como de costumbre.

No deben maravillarse, señoras y caballeros, si después de esta película en el ambiente de Montestoril se da largas a la pregunta: “¿Quién ha sido?” “¿Quién ha querido la última guerra?” Existe en Montestoril un ambiente de policía, digamos moral, y todos se apresuran a decir: “Yo, no; yo tengo la conciencia tranquila”, y nuestro Jaimito dice: “Papá, tú eres el responsable.” El padre se pone en pie, y Jaimito continúa: “Porque tú has dicho que la guerra era justa.” “¿Yo?” Se pone en pie el padre, “¡Yo, yo no he dicho jamás eso, yo estaba en contra!” Y cierra la puerta con el temor de que estén escuchando las acusaciones de Jaimito. Jaimito insiste con saña, y el padre se coge la cabeza con las manos, gritando que el cine es la ruina de los pueblos.

Pero henos aquí ante la nueva película, las nuevas películas. El interés en todo el mundo por el noble concurso de Montestoril crece cada vez más. Lástima que por falta de tiempo sólo podamos haceros ver trozos de las películas más interesantes. He aquí, por ejemplo, un trozo de los ingleses. Vemos a continuación frente a nosotros una fila de soldados mientras un general les impone una medalla de guerra. El general, pronunciando palabras de elogio, concede la medalla de oro (insistiendo, de

oro) a un soldado en cuyo pecho le cuelga. Brilla ésta a la luz del sol. El general pasa al soldado de al lado, mientras el soldado de la medalla de oro la coge entre los dedos y prueba con los dientes si es verdaderamente de oro. Convencido de que es de oro, se vuelve al soldado de al lado y, satisfecho y sonriente, le dice que, efectivamente, es de oro. Mientras, el general se dispone a colgar la medalla sobre el pecho de otro soldado. Pero tiene un momento de perplejidad porque no encuentra sitio donde colgar la medalla ya que este soldado lleva el pecho llena de ellas.

He aquí otro trozo de película. Estamos en una frontera. Un señor de aspecto muy normal se acerca a la mesa donde el policía verifica el sellado de pasaportes. Sobre la mesa hay por lo menos veinte sellos. La persona de aspecto normal entrega su pasaporte y mira con una sonrisa a todos los policías, incluso a los que pasean abajo y arriba delante de la barrera fronteriza. El policía que está sentado a la mesa mira rigurosamente el pasaporte y, después, con autoritaria decisión, empieza a sellar el pasaporte, cambiando continuamente de sello. El repiqueteo de los sellos resuena en la mesa, mientras el hombre normal le acompaña con movimientos de cabeza que coinciden al mismo tiempo con cada golpe de sello que deposita sobre el pasaporte. El estampillado se hace cada vez con más autoridad, con rabia, y se ve que cada hoja del pasaporte está lleno de sellos, llenísima, hasta que llegamos a la última hoja. Pero, desgraciadamente, quedan otros tres o cuatro sellos que estampar y el policía, interrumpiendo de pronto el sellado, dice: "Señor, ya no queda sitio, ¿qué hacemos? Todavía faltan tres sellos." El señor del aspecto normal dice: "no sé, usted dirá." El guardia dice: "Es que no hay nada de sitio, absolutamente nada." El señor pone una cara de bonachón, gentil y comprensiva y dice: "No se preocupe, lo comprendo,

las exigencias de la Ley, renuncio a partir, no me marchó, no se preocupe, me quedo en la patria. ¡Lástimal Pero comprendo, comprendo.” Y quitándose el sombrero continúa diciendo: “No se preocupe, no se preocupe.” Y el policía, mientras el hombre se aleja dice: “¡Otro, otro!”

He aquí otro trozo de película del cual sólo les podemos decir que se trata de un documental de cuyo título no nos acordamos. Sí, nosotros vemos en seguida que estamos en una fábrica donde se fabrica una cosa que no sabemos qué es, quizá búcaros para flores o alguna cosa por el estilo. Vemos la primera fase. Efectivamente, parece un búcaro. Una muchacha joven lo pinta con alegría y desenvoltura, conversando placenteramente con su compañera, que, a su vez, da otro golpe de pincel al búcaro en el momento que se lo pone delante. En este momento estamos en la tercera fase; no es un búcaro, porque no meten dentro flores, sino muchos hilos, hilitos, hilos más gruesos, pero que deben ser dispuestos ordenadamente, porque el encargado da un gotpecito para ordenarlos precisamente como se hace con las flores de un búcaro. El encargado cumple su cometido sin mucha preocupación, cumple casi mecánicamente su trabajo, mientras se arregla el nudo de la corbata en el cristal de la ventana que tiene enfrente. Cuarto: el pseudo búcaro, con todos estos hilitos, pasa delante de un señor con barba, sobre cuya mesa está escrito “Control”. El señor de la barba golpea, tira, muerde los hilos, golpea con un martillito, produciendo un sonido metálico. Escucha para oír el timbre, mientras una señora, que evidentemente es su mujer, le pide dinero a toda prisa. Él, continuando su trabajo de control, da a la mujer dinero, la mujer insiste en que quiere todavía más y él se lo da. Reanuda en seguida su trabajo de control. Quinto: pasa el pseudo búcaro

delante de un joven que mete dentro, rápidamente, un deslumbrante aparato, que quizá sea un reloj, porque hace tic tac, tic tac. El joven, mientras tanto, escucha, verificando la regularidad del tic tac, y alarga la mano hacia una joven que está a su lado y que está registrando sobre un libro el número del pseudo búcaro, número que finalmente vemos también nosotros. La joven tiembla toda ella y él le hace ver que ha hecho sobre el registro una serpiente en lugar de un número a causa del temblor que le ha provocado. El pseudo búcaro pasa a otro hombre que tiene dolor de muelas, evidentemente, ya que está vendado. Toma una cosa que no sabemos lo que es y la coloca sobre el pseudo búcaro. Después vemos que se trata de la cabeza de una bomba. El hombre, mientras pide una aspirina a su vecino de banco, alarga la bomba a otro que la examina con un aparato eléctrico que proyecta sobre una pequeña pantalla para controlar su exactitud. Mientras cumple esta operación se quita los zapatos, no con las manos, sino con el pie. Al fin, la bomba se coloca sobre la mesa de un señor muy entendido que la pesa con las manos y se la da a un empleado, que la coge, a su vez, y vemos que la pone junto a tantas otras alineadas como se alinean las bombas. Sobre el muro resalta el escrito "Fábrica de Bombas" pero todavía tenemos en los ojos viva esta imagen de bombas alineadas que cogen los soldados y se las llevan.

Evidentemente, todas las capas sociales siguen el Festival, ya que el eco de la película (que llamaremos la película de la bomba) ha llegado hasta las fábricas, donde vemos un tipo alto y grueso que interrumpe su trabajo *standard* (es uno de los engranajes de la fabricación de carrillón), pues quiere ver con sus propios ojos (él, que es el número siete en la serie de colaboraciones mecánicas, que son treinta), qué producto sale

de aquella cadena de colaboraciones. Queda satisfecho cuando comprueba que no hay truco, que se trata, efectivamente, de un carrillón. Y entonces se reintegra a su trabajo, feliz y contento.

Pero la consecuencia de la bomba la vemos también en casa de nuestro Jaimito, donde su padre, echado sobre la butaca, está leyendo el periódico y fumándose un cigarrillo. El padre siente que tiene sueño, deja caer de las manos el periódico, tira por la ventana la colilla del cigarrillo y empieza a roncar dulcemente. Jaimito ha mirado con sus grandes ojos, siempre atentos y asombrados, el lanzamiento de la colilla. Se ve que la cosa le ha impresionado. Delicadamente, con voz baja, llama: “Papá.” El padre no se despierta. Entonces, el niño, poco a poco, levanta el tono de voz, hasta que el padre, sobresaltado, abre los ojos. “Papa –dice Jaimito–, has tirado por la ventana la colilla.” El padre dice que sí y hace un gesto de reproche al hijo, que lo ha despertado para decirle esa cosa tan estúpida. Pero el niño está convencido que no es una cosa estúpida y empieza, con su cabezonería, a insistir sobre el padre, que responde con bufidos, continuando durmiendo. “Papa –dice Jaimito–, puede darse que la colilla haya caído dentro de la cesta de la señora Quaroni, porque la señora Quaroni pasa siempre a esta hora.” El padre hace con la mano un gesto, sin abrir todavía los ojos, que quiere decir: pero qué cosas piensas. Jaimito continúa: “Si la colilla ha caído dentro de la cesta, quemará poco a poco; ella no se dará cuenta, meterá el cesto en el cuarto de dormir, el cuarto se quemará, papá; el cuarto se quemará..., se quemará el edificio, y el señor Quaroni quedará arruinado y por la desesperación se tirará por la ventana. Y morirá. Papá, es preciso pensar siempre aquello que se hace. Cada gesto hay que pensarlo. El señor Quaroni ha muerto por culpa de tu colilla... El señor Quaroni ha muerto.” El

papa de Jaimito se pone en pie, exclamando: “¡El señor Quaroni ha muerto, el señor Quaroni ha muerto! ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?” Jaimito explica que se trata de la colilla, y el señor papá hace un gesto de indignación y persigue a Jaimito a patadas.

Mientras Jaimito huye por los corredores de su casa, en la pantalla se proyecta otra película del certamen. Esta vez estamos muy lejos de la tierra, estamos en el Olimpo. Es imposible equivocarse, aquel señor majestuoso y potente, sentado sobre el trono, con una nubecita en los pies, es Marte, el Dios de la guerra. Efectivamente, tiene sobre el brazo un gran escudo y una lanza. Escucha atentamente un confuso griterío que viene de abajo. Viene de la Tierra, lo mismo de la derecha que de la izquierda. Se ve que le molesta bastante, porque mueve la cabeza descontento. Como a quien le molestan en sus placeres. Efectivamente. El estaba recreándose, amoroso, con Venus. Poco a poco se oye mejor el significado de aquel vocerío y de donde vienen aquellas oraciones. Porque aquel vocerío son oraciones a Marte. Nosotros vemos a nuestra izquierda, allá abajo, un pequeño ejército moderno que se prepara a partir y que antes de partir levanta una oración de victoria al Dios de la Guerra. A la derecha vemos la misma cosa: otro ejército moderno que también se prepara a partir contra el que hemos visto primero, y también pide la victoria en sus oraciones a Marte. La oración tiene el mismo tono de las oraciones colectivas que se oyen en las iglesias. Marte está cada vez más molesto al verse interrumpido en sus recreos amorosos, y también Venus. Entonces suplica a Venus que espere un momento y se asoma hacia aquellos de la izquierda y dice: “Está bien, está bien, os ayudo.” Después se asoma hacia aquellos de la derecha y repite las mismas palabras. Después vuelve abrazar a Venus, mientras abajo se oye que ha estallado la

guerra. Marte termina: “No me dejan nunca un momento tranquilo, ni un momento”, dice, indignado, antes de estrechar sobre su pecho a la dulce Venus.

Señoras y caballeros, con un ritmo siempre creciente continúa el noble concurso. No tenemos ni tiempo para distinguir las naciones autoras de las películas, lo que importa es que todas las naciones, en sus breves o largos productos, graciosos o satíricos, grotescos u humorísticos, cómicos o patéticos, hacen sentir este deseo de Paz, hacen sentir sus intentos por buscar el camino para llegar mejor al corazón del hombre. Inspirarle horror a la violencia y llevarle dentro de todo aquello que de cristiano existe en el mundo.

Aquí tenemos un extraño Tiro de Pichón. Los cazadores están sobre la plataforma, como es costumbre en estos concursos, pero de las cajas no salen pichones, sino hombrecitos que estaban allí encogidos y que salen corriendo mientras el cazador dispara sobre ellos. Alguno ha sido herido, algún otro no ha sido herido. Uno consigue superar el límite más allá del cual está la salvación y otro es detenido por un tiro en el preciso momento que llega al límite de seguridad.

Aquí tenemos una lección de tiro para los jóvenes. Está el instructor, que se enfada porque las balas no dan en el corazón de la silueta de metal que representa un hombre, contra la cual se ejercitan los jóvenes tiradores. Cuando, finalmente, y poco a poco el tiro se va mejorando y da en el mismo centro, el instructor queda satisfecho.

He aquí, a lo largo de las calles de una ciudad cualquiera, los voceadores que gritan: “¡la guerra, la guerra!”, y un rico señor que se marcha a su casa, coge un automóvil, consulta el mapa de carreteras, carga sobre el automóvil una gran cantidad de

provisiones, de víveres, que recoge deprisa, y escapa, escapa; llega a un sitio, mira en alto, como midiendo si la cosa va bien, si está a recaudo respecto a eventuales ataques aéreos. No, no está muy convencido de estar seguro, y entonces busca otro sitio, excava el suelo y se construye un subterráneo, lo blindo, lo llena de víveres, transfiere todo su dinero al extranjero con un cheque, después participa en la manifestación de los ciudadanos que gritan “¡Entremos en guerra!” (Todo esto se desenvuelve a un ritmo fulminante, como en las viejas películas cómicas.)

He aquí una trifulca en la calle. Dos hombres que no se conocen, por un banal incidente, han tropezado involuntariamente cuando se cruzaban, llegan a las manos, se asaltan ferozmente; finalmente, sacan de los bolsillos las pistolas, se disparan y caen a tierra, muertos. Durante este encuentro hemos visto el paso gradual de dos hombres, el pasar de la normalidad, o mejor dicho, de la felicidad de la vida a la más cruel e irracional lucha. Examinados por su feroz contienda con el ralenti, vemos minuciosamente la bestialidad de sus reacciones. Pero he aquí que, como por milagro, los dos muertos se ponen en pie (es un milagro cinematográfico) y toda la lucha se presenta rodada al revés, por lo que recorreremos todas las etapas, las fases del triste suceso. Pero, en vez de ir hacia un triste final, vamos hacia feliz inicio. Estos dos que hemos visto transformarse en dos fieras y después pagar con su vida este abandono a sus peores instintos, no parecen los mismos que poco a poco vamos encontrando en un momento de su vida civil y humana. Este es el principio de la película, cuando cada uno iba a sus propios asuntos, gozando uno del placer de encender un cigarro y el otro de tararear un motivo musical que le place tanto. Aquél hacía un momento que había saludado con la mano a un amigo, el otro apenas había

terminado de comprar un periódico humorístico. Así la película termina con el fotograma que había comenzado, esto es, los dos en la misma situación de hombres que tienen delante de sí un día bueno y de solidaridad.

Mas he aquí, señoras y caballeros, otra película con un título de mucho empeño: *El hombre*. Hay un conferenciante que explica a un centenar de espectadores una cosa. ¿Qué cosa? Sobre una plataforma cerca de él, iluminada por una lámpara que da un haz de luz, dos sirvientes traen un árbol y el conferenciante dice: “Un árbol.” La plataforma sobre la que está el árbol gira lentamente. Los sirvientes en seguida se lo llevan y traen un perro. “Un perro.” El perro mira a la gente que tiene delante con una mirada ausente. Los sirvientes se llevan el perro y llegan con un hombre. “Un hombre –dice el conferenciante–, un hombre.” Todos los rostros de los espectadores se llenan de atención. Es un hombre común, desnudo, con sólo una pequeña faja que le cubre el sexo. “Llora”, dice el conferenciante. El hombre llora. “Ríe”, dice el conferenciante. El rostro del hombre, poco a poco, adquiere claridad, se ilumina y una sonrisa embellece esta criatura que bajo el haz de luz asume un carácter de novedad, de revelación. La plataforma gira, y en el silencio y la atención cada vez más maravillada de los espectadores, nosotros vemos a esta criatura girar lentamente, hasta que cada uno la ve de todos lados. Parece que todos descubren por primera vez qué cosa es el hombre. El conferenciante le pone un sombrero en la cabeza, después un abrigo y el hombre se transforma en el hombre de hoy, y continúa con éste su lento girar delante de los ojos profundamente curiosos del público.

Señoras y caballeros, esta mágica aparición del hombre debe haber hecho un cierto efecto en Montestoril, porque ustedes

pueden ver ahora, a lo largo de las calles, que los hombres se miran con estupor, como si se viesan por primera vez, como si intentaran comprender algo de lo que ven. Es una curiosidad colectiva, que cada uno intenta esconder apenas el otro se da cuenta que lo está mirando. También nuestro Jaimito debe de haber comprendido la moraleja de la fábula, porque le vemos escapar frente a su padre. Jaimito ha roto un jarrón y escapa, y el padre le sigue. Pero Jaimito tiene una idea luminosa. Se para a unos veinte metros de su padre y se pone a girar lentamente sobre si mismo, con idéntico gesto del hombre de la película bajo el rayo de luz. El padre se detiene y renuncia a la persecución; parece que también renuncia al castigo; pero después, como tantas otras veces, alcanza a su hijo y le da una patada en el culo.

Señoras y caballeros, estamos, por fortuna, hacia el fin de esta gran competición, e intentaremos, por esto, contaros lo más detalladamente posible esta última película que está pasando ante nuestros ojos.

Érase una vez una ciudad del mundo. Erase una muchacha de unos quince años, muy bella y muy buena, pero ciega. Ciega de nacimiento. Esta muchacha vivía con su vieja abuela, porque hacia mucho tiempo que había perdido a sus padres, durante la última guerra. Un día, la abuela lee en el periódico que un gran doctor ha encontrado el modo de dar la vista a los ciegos, y la abuela, apenas ha leído la noticia, se ha puesto a gritar de alegría, y ella y la joven han dado la noticia a todos sus amigos. Pero después de la alegría ha venido la tristeza, porque para hacer esta operación se necesita mucho dinero: doscientas mil pesetas. Y la abuela de la joven vivía sosteniéndose con la pensión de guerra y, por fortuna, comían poco, por lo que iban tirando adelante las dos. Pero en el mundo siempre hay almas

buenas, porque el caso de la joven ciega ha interesado a mucha gente y el periódico ha publicado su fotografía. Inmediatamente, todos se han conmovido y han enviado su óbolo a la joven para que pudiera hacerse la operación. También los extranjeros le han enviado dinero, y, además, los embajadores han ido personalmente a entregarle el dinero y darle su enhorabuena. Los rusos, los americanos, los chinos, los franceses, los ingleses, españoles, italianos..., en resumen, todo el mundo.

Y de esta manera la joven un día pudo hacerse la operación y todo el mundo esperaba con alegría el momento en que la joven pudiese abrir los ojos y viera todas las cosas bellas que nosotros podemos ver.

Este momento era esperado con gran ansia, no sólo por la joven y su abuela, sino por todo el mundo. Y todos pensaban y deseaban que la joven, cuando abriese los ojos, pudiese ver todo lo bello que Dios ha creado; pensaban que hubiera sido estupendo que con una sola mirada la joven hubiera podido recoger dentro de sus ojos lo mejor que existe en la tierra. Y por esto discutían en los cafés, en la calle, cada uno proponiendo aquello que la joven debía ver.

Alrededor de la casa de la joven se reúne mucha gente para el gran momento. Están todos vestidos como en los días de fiesta, hay un ambiente idílico, porque todos quieren contribuir a alegrar el panorama que la joven tiene que ver. Y están realizando por ella aquello que durante las fuertes discusiones de los primeros días han decidido realizar. Han recortado los árboles como si hubieran estado en la peluquería y dispuesto un rebaño de corderitos, que deben pasar con un pastor. Aquí y allá han diseminado bancos de jardín llenos de enamorados de varias edades. Sobre el prado, los niños juegan, con feliz armonía, con el aro o con la pelota, y la gente pasea y, cuando se cruzan, se saludan con mucha cordialidad.

Llega el gran momento y a la joven le quitan la venda. Su cuarto es blanco, amueblado con una sola cama, un sólo armario.

Mientras, se dibuja el bello cielo azul en el recuadro de la ventana, por donde penetra un rayo de sol. La joven, que tiene a su lado los médicos con bata blanca, mira a su alrededor, después se dirige, como atraída por el rayo de sol, hacia la ventana. En este momento ha empezado fuera un canto como número uno de la organización, un canto de bondad y de belleza, compuesto con palabras de todas las naciones de uso universal, comprensibles a todos, al cual responde, sumiso, el coro de la multitud entera. Mientras la joven, con pasos lentos y como encantada, se acerca más a la ventana. Bajo de ésta, como cuando se está a punto de subir el telón del teatro y los actores rápidamente se sitúan en su sitio, cada uno se prepara para recitar su parte, y aquel que tiene la dirección de la escena, mientras da un último toque a un oficial que alegra, con su vistoso y colorado uniforme el ambiente, llevando del brazo a una bella señora, repentinamente tiene una idea luminosa y le quita una gruesa y brillante espada, tirándola fuera del campo. La joven mira al cielo y a los árboles, cuyas hojas se mueven porque un grupo de hombres que se han escondido soplan, produciendo una brisa que agita las hojas.

En este momento la joven aparece en la ventana y su rostro se llena de maravilla y de emoción y los ojos se le humedecen. La joven sonríe de gozo y al mismo tiempo llora de alegría.

Pero dos hombres bastante fornidos que están saludándose recíprocamente con mucho calor empiezan a alterar el orden, porque el primero ha estrechado demasiado fuerte la mano del segundo y el segundo la ha estrechado más fuerte, como replica al primero, hasta que los dos, en este forcejeo, están a punto de llegar a las manos. En vano, desde fuera del campo los otros

los llenan de improperios, les llaman a su deber para que estén pacíficos y sonrientes. Y para que esta escena no se vea, pues amenaza convertirse en grave, los médicos que están en torno a la joven la distraen, haciéndole ver otras cosas. Pero como ella continúa absorta mirando a los dos que riñen, los médicos la dicen que aquellos dos bromean, y ellos mismos imitan la lucha para hacer ver que son niñerías, costumbres de juego. Pero no hay otra solución que mandar adelante el cortejo de las banderas que forman como un telón en el aire y cubren la escena de la lucha, mientras el canto crece e invade con las banderas toda la pantalla y la joven sonría felizmente.

Señoras y caballeros, el Festival Cinematográfico de la Paz llega a su fin. Los miembros del Jurado que deben asignar el premio se han reunido para la decisión solemne en una gran sala. Delante de la puerta de esta gran sala esperan los periodistas y fotógrafos y los tomavistas de todo el mundo.

En este momento el Jurado esta deliberando.

El juez francés se levanta y dice que le disgustaría que se acusara de nacionalismo su voto, pero que, sin embargo, está inspirado nada más que por el amor hacia la verdad y hacia la paz; por ello, no puede por menos que afirmar que la mejor película, que mejor ha ilustrado los sentimientos mundiales de la paz es precisamente la francesa. El juez se sienta, y se levanta inmediatamente el inglés, el cual dice: "Tengo el gusto de decir que comparto, palabra por palabra, todo aquello que ha dicho mi colega francés. Esta es la prueba de que no en vano en Montestoril se ha trabajado por la paz. He de decir solamente una variación final: allá donde mi colega dice francesa, yo lo sustituiría con inglesa." Se levanta el tercer delegado, el americano, y abriendo los brazos con aquel típico gesto que significa

¿existe alguna duda?, dice: "U.S.A." El cuarto delegado, ruso, se levanta y dice: "Seré breve: no" Mientras se levanta el quinto nosotros vamos un momento a ver lo que sucede en los pasillos del Palacio del Festival. Aquí encontramos algunos de los personajes conocidos durante el desenvolvimiento del Festival. El señor del símbolo, que simbólicamente afirma conceder su voto a las otras naciones; pero que, desde un punto de vista práctico, se siente obligado a concedérselo a su propio país.

Los dos amantes y tantas otras figuras, en las cuales vemos, poco a poco, nacer la discordia, porque cada uno de ellos, casi sin darse cuenta, quiere defender el producto del propio país.

Por los demás, cuando volvemos al interior del salón, vemos que el Jurado está en plena lucha y que los miembros del mismo se han convertido en bestias feroces, y que en vano el Presidente hace sonar la campanilla.

Ya no existe aquella atmósfera hipócrita del principio, y las pasiones se manifiestan. Por lo demás, también en los corredores no bromean. Los altercados se producen por parejas o por grupos. Hay uno que defiende denodadamente la película del cañón, convencido de que ésta es la de su nación; pero, después que ha llegado casi a las manos, se da cuenta de pronto que la película de su nación es otra, y se aleja confuso. Mientras tanto, la atmósfera encendida ha llegado con su calor a todas las partes del mundo. Los títulos de los periódicos están llenos de interrogantes: ¿Quién ganará el Gran Premio en Montestoril? Cuando volvemos al interior de la sala del Jurado, nos encontramos a muchos señores con las solapas levantadas que se están batiendo a pistola. Suenan en el aire los tiros de pistola, y del duelo clásico y correcto se pasa a un cruce de disparos. El humo llena la gran sala, los disparos crecen, se transforman en los sinies-

tros rumores de la guerra, y después la pantalla se llena de una visión ya famosa, conocida hasta por los niños: el gran hongo, la bomba atómica. Sobre esta imagen, mientras una música alegre llena el ambiente, avanzan las palabras de FIN DEL MUNDO Y FIN DE LA PELÍCULA

*Buenas noches.*

# ÍNDICE GENERAL

---

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<i>Pág.</i>
<i>R. Muñoz Suay</i> .....	6
<b>CINCO HISTORIAS DE ESPAÑA</b> .....	11
El pastor.....	12
Emigrantes.....	18
La capea.....	27
Soldado y criada.....	33
Las Hurdes.....	40
<b>FESTIVAL DE CINE</b> .....	52